

REVISTA CIENTIFICO-LITERARIA.

AÑO I. | Se publicará los dias 1.° y 15 de cada mes. Administracion central, Abades 14. | Sevilla 15 de Noviembre de 1862. | Precios: En Sevilla 6 rs. al mes.-En el resto de España 24 rs. trimestre.-En el extrangero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. | NÚM. 3.

DIRECTOR,
DON CARLOS JIMENEZ PLACER.

REDACTORES.

Sres. Almendros Aguilar (D. Antonio).
« Alvarez Anitua y de Letona (D. Rafael)
« Alvarez Osorio (D. Florencio).
« Arrambide (D. Juan Miguel de)
« Baglietto (D. Leoncio).
« Bálaguer (D. Victor).
« Bascones (D. Manuel María).
« Becquer (D. Gustavo).
« Benavides (D. José de)
« Benitez de Lugo (D. Antonio.)
« Boutelou (D. Claudio).
« Bueno (D. Juan José)
« Bueno (D. Ricardo).
« Bustillo y Perez (D. Eduardo).
Sra. Butler (D.ª Rosa)
Sres. Calvo Asensio (D. Pedro).
« Campillo (D. Narciso).
« Campoamor (D. Ramon).
« Canalejas (D. Francisco de P.ª).
« Cárdenas y Uriarte (D. José).
Sres. Castelar (D. Emilio).
Ilmo. Sr. Castellanos (D. Basilio Sebastian)
Sres. Castro (D. Federico).
« Collantes (D. Francisco de P.ª).
« Diaz de Benjumea (D. Nicolás).
Sra. Diaz F. de Lamarque (D.ª Antonia).
Sres. Eguilaz (D. Luis).
« Escudero (D. Luis).
« Ester (D. Cayetano).
Fernan-Caballero.
« Fernandez Aveño (D. Teodomiro)
« Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
« Flores Arenas (D. Francisco)
« Font (D. Enrique).
« Garcia Gutierrez (D. Antonio).
« Garcia Lovera (D Ignacio).
« Garcia Lovera (D. Rafael).
« García de Meneses (D. Gregorio).
« G. Negrete (D. Antonio).
« Garrido (D. Manuel).
« Garcia Perez (D. Eduardo).
« Giron y Lopez. (D. Manuel)
Sra. Grassi (D.ª Angela).
Sres. Hartzenbusch (D. J. Eugenio).
« Jimenez (D. Manuel).
Sres. Jimenez Astorga (D. Gumersindo).
« Lamarque de Novoa (D. José).
« Larrañaga (D. G. Romero).
« Laverde Ruiz (D. Gumersindo.)
« Lopez de Ayala (D. Adelardo).
« Lopez Garcia (D. Bernardo).
Srta. Lopez (D.ª Rogelia).
Sres. Maraver (D. Luis).
« Marco (D. José).
« Martinez de Artabéytia (D. Mateo).
Sra. Mendoza de Vives (D.ª María.)
Sres. Mier (D. Eduardo.)
« Montaut y Dutriz (D. Manuel.)
« Montero (D. Manuel María.)
« Muro (D. Julian.)
« Medina (D. José.)
« Palacio (D. Manuel del)
« Palacio y G.ª Velasco (D. Javier).
« Pizarro (D. Manuel,)
« Ramirez (D. Javier de)
« Ramirez y de las Casas-Deza (D. L. M.)
« Ramos Calderon (D. Antonio.)
« Rios (D. Demetrio de los)
« Rios (D. J. Amador de los)
« Rios D. Diego Manuel de los)
Sres. Rodriguez Correa (D. Ramon.)
« Rodriguez y Morales (D. José.)
« Rodriguez Zapata (D. Francisco.)
« Romea (D. Julian.)
« Romero de Castilla (D. Tomás).
« Rubio y Diaz (D. Vicente).
« Ruiz Aguilera (D. Ventura).
« Sala (D. Manuel).
« Sanz (D. Eulogio Florentino).
« Sawa (D. Federico de),
« Segovia (D. Gonzalo).
» Selgas y Carrasco (D. José).
« Serra (D. Narciso).
« Salcedo (D. Pedro).
Sra. Sinués de Marco (D.ª M.ª del Pilar)
Sres. Tamayo y Baus (D. Manuel).
« Trueba y la Quintana (D. Antonio).
« Utrera (D. Federico).
« Valderomar y Pineda (D. Javier)
« Velazquez y Sanchez (D. José.)
« Viedma (D. J. Antonio).

COLABORADORES.

Todos los Literatos y Artistas de España.

SUMARIO.

Advertencia.—*Revistas Españolas*, por M.—*Carta de Victor Hugo*, por D. Cárlos Jimenez Placer.—*Helena, considerada como símbolo del arte clásico*, por D. Emilio Castelar.—*Discurso leido ante la Real Academia Española*, por D. Antonio Garcia Gutierrez.—*Los Miserables de Victor Hugo*, (*Articulo II*) por D. Federico Utrera.—*Meditacion en el Escorial*, (*Oda*) por D. José Amador de los Rios.—*Bienaventurados los pobres de espíritu*, (*novela*) por D. José Velazquez y Sanchez.—Sueltos.

ADVERTENCIA.

Habiéndose agotado la edicion de los números primero y segundo de esta REVISTA, nos hemos visto precisados á tirar la segunda, la cual estará concluida para el veinte del mes actual, en cuya fecha satisfaremos los nuevos pedidos que se nos hacen.

Revistas Españolas. Se ha publicado el número 16 de la *Revista de intereses generales de España*, que consta de las materias siguientes:

Verdadero carácter de la esclavitud, por Ricardo Molina.—Estudios sobre la condicion de la mujer en la familia, por José Aguilena Melendez.— Polémica económica, por Francisco J. Orellana.—Reincorporacion de Santo Domingo, por Evaristo Fombona.—Observaciones sobre la industria nacional, por Eduardo Pirié.

Ventajas de las compañias para la formacion de capitales. (Art. 1.°) La Tutelar. por Manuel García de Villegas.—Revista general, por A. Meyran. Disposicioncs oficiales.—Noticias varias.— Escenas de la vida de Bohemia (novela traducida.)—Seccion de anunccios.

Revista meridional. El último número de esta impotante Revista consta de los artículos siguientes:

I.—Ayer y hoy de la propiedad, por D. Nicolas de Pablo y Delgado.

II.—Un episodio de la Hístoria de los Almohades, por D. F. Fernandez.

III.—Algunas consideraciones sobre la Literatura moderna, por D. Francisco Guier.

IV.—Esthética, por D. Francisco Fernandez y Gonzalez.

V.—La Estrella del Ciego, por D. José Salvador de Salvador.

VI.—El rey Eserdis por D. M. Milá y Fontanals.

VII.—La perla de la playa de Algeciras, por D. T. de Rojas.

VIII.—Bibliografía.

IX.—Variedades.

Semanario popular. Se ha repartido el último número de esta publicacion, que contiene los artículos y grabados siguientes:

Artículos. Esposicion de Bellas Artes.—Sor Marta María, historia holandesa.—Edmundo y su prima.—Los Griotes de Senegambia, por Rafenel.—Expedicion de Pizarro á Quito, por Prescot.—El aye-aye de Madagascar.—Sinfonía filosófica, por Tejada.—Don Juan de Austria.—Actualidades.—Pensamientos.—Clave enigmática.

Grabados. Los Griotes de Senegambia.—Don Juan de Austria.—Combate naval de Lepanto.—El Aye-aye de Madagascar.

El museo universal. Se ha repartido el número 45 de esta publicacion, que contiene los artículos y grabados siguientes:

Artículos. Revista de la semana, por Cuesta. —Cuatro palabras sobre la esposicion de Bellas Artes.—Esposicion de Lóndres, por Bazan.—Magascar en 1862.—El mayor general Pope.—Cuadros del dia: un retrato al natural, por Ferreiro. —La humanidad, poesía por Albuerne.—Ministerios de una sombra, por Pedrosa.

Grabados. Letra de adorno.—Esposicion de Lóndres.—Porcelana de las reales fábricas de Berlin.—El general Pope.—Castillo y arco triunfal en la plaza de Isabel II, Cádiz.—Nuevo mortero fundido en los Estados Unidos.

Crónica de ambos mundos. El último número que se ha publicado de esta interesante revista contiene los siguientes artículos:

Advertencias.—Crónica general.—Sobre los accidentes en los ferro-carriles, por A.—De la centralizacion en un solo local del adeudo y recaudacion de los derechos de consumos por A. —El siglo y el negro, cuento, por Lino.—Revista financiera y comercial extrangera.—Discurso acerca del drama religioso español, antes y despues de Lope de Vega, por D. Manuel Cañete. —Pastoral del cardenal Wiseman.—Una venganza, novela, por D. Juan Bautista Cantero.—Sueltos.—Espectáculos.

Revista ibérica. El último número de esta pnblicacion contiene los siguientes artículos:

I.—Gibraltar, por D. F. de Paula Canalejas.

II.—La cuestion de los carbones, réplica al artículo del Sr. D. A. Menendez de Luarca, publicado en la *Revista de intereses generales*, por D. R. Alzugaray.

III.—Andrés Piquer y sus obras, por D. Antonio Vinageras.

IV.—Una aventura del rey D. Pedro, por D. L. A. Rebello da Silva.

V.—Una visita de la Esposicion de bellas artes de 1862.

VI.—Revista de teatros, por M.

VII.—Revista de Portugal, por D. Rodrigo Paganino.

VIII.—Revista política, por A.

IX.—Boletin de instruccion pública.—Seccion doctrinal.—D. Manuel Lopez Patiño.—Seccion oficial.—Variedades.

X.—Contestacion al doctor.....por D. J. F. Pachecho.

La América. El último número de este acreditado periódico contiene, entre otros artículos, los siguientes:

Revista general, por M.—Los Filibusteros peninsulares, por D. Eduardo Asquerino.—Sueltos. —La revolucion, por D. Jacinto Beltran.—De la Novela (articulo V), por D. Antonio Alcalá Galiano.—La comision régia de Filipinas, por M. —Los economistas modernos (artículo tercero) por D. José Joaquin de Mora.—Idea general sobre el antiguo imperio de los Incas (conclusion), por don José Arias Miranda.—La supresion del tráfico de esclavos africanos (continuacion), por D. José Antonio Saco.—El poder judicial en las repúblicas híspano-americanas (artículo quinto y último), por D. José Manuel Aguirre Miramon.

M,

CARTA DE VÍCTOR HUGO.

Faltariamos á uno de los deberes sagrados del periodismo, si por temor á bastardas interpretaciones, ó acallando generosos sentimientos, no dieramos publicidad al júbilo que nos ha causado el contenido de una elocuentísima carta que el célebre Victor Hugo, ha dirigido á nuestro queridísimo amigo y compañero el Señor D. Federico Utrera. Como creeriamos igualmente faltar á los lazos de la buena amistad, si no manifestasemos cuanto hemos trabajado para vencer la repugnancia (escesiva modestia) del Sr. Utrera, que se habia negado á permitirnos la insercion de dicha carta así como resistido á este público testimonio de nuestro aprecio. Mas para poner á salvo la delicadeza de nuestro buen amigo, declararemos que solo á las repetidas instancias y justos deseos de que los lectores conozcan un escrito en que tanta gloria cabe á quien viene dirigido, como á España entera, ha accedido á nuestra pretension.

He aquí la referida carta.

Mr. Federico Utrera.

(1) Hanseville hous, 4 Novembre 1862.

Monsieur,

Grâce à votre obligeant envoi, j' ai reçu l' excellent recueil *la España Literaria*, et j' y ai lu votre article. Je puis différer d' opinion avec vous sur des questions de source et d' origine: mais ce que je sens vivement, ce que j' accepte pleinement, c' est votre esprit, c' est votre coeur, c' est votre raison éprise du vrai, c' est votre talent épris du beau. Vous défendez éloquemment les principes éternels de l' art, niés, depuis Zoïle jusqu' à Fréron, par les impuissants, les aveugles et les envieux—je ne parle pas des contemporains.

Continuez, monsieur, cette belle etude qui vous honore, et que ce livre *Les miserables*, écrit pour éveillér toutes les pitiés et pour secourir toutes les misères, soit pour vous, noble et généreux esprit, une occasion de confésser la verité sous toutes les formes, en politique, en philosophie, et en poésie. S' il m' est donné d' appeler tous les grands coeurs à la discussion de toutes les grandes questions, j' aurai atteint le plus haut résultat que puisse sonhaiter une ambition humaine; car de la question posée à la question resolue, il n' y a pas loin.

Je lirai la série de vos articles, et quand ils seront terminés, je vous écrirai mon impression sur l' ensemble. Des à présent je me félicite d' être compris par de nobles esprits comme le vôtre dans cette Espagne qui m' est si chère; vous le savez, j' aime vôtro pais; enfant, j' ai été espagnol, et je puis presque dire que j' ai eu deux mères: l' Espagne et la France.

Je serre la main qui a écrit la belle page que je viens de lire.

VICTOR HUGO.

Escritos como el anterior no necesitan comentarios: pero si nos es permitido expresar el vivo placer que su lectura nos ha causado, diremos; que nos sentimos orgullosos, por la parte de interés que nos cabe, cuando las ideas proclamadas en esta Revista, merecen la sancion de tan altas inteligencias como la de Victor Hugo.

Ocasion es esta de animar á la juventud brillante que nos favorece con sus trabajos, para que aliente en la noble empresa de enaltecer la literatura pátria, y de lograr que en el suelo de Rioja y Herrera, florezca mas lozano el árbol de la pocsía, y crezca mas alto y fecundo el de la verdadera ciencia, para cuyo objeto pedimos apoyo á los maestros que nos han sostenido y amparado con sus producciones y su gloria.

Ambicionamos que España llegue á elevarse hasta la altura de las naciones mas adelantadas, y sea como en otro tiempo admiracion del mundo.

Sevilla 14 de Noviembre de 1862.

CÁRLOS JIMENEZ PLACER.

---

(1) Traduccion.

Sr. D. Federico Utrera.

Hanseville hous, 4 de Noviembre de 1862.

Múy señor mio: Merced á su atencion recibí la excelente Revista *La España Literaria*, en la cual he leido su artículo.

Puedo diferir de su opinion respecto á cuestiones de fuentes y de origen, pero lo que me ha impresionado vivamente, con lo que estoy plenamente de acuerdo, es con lo que está en su espíritu, en su corazon, en su razon poseida de lo verdadero, en su talento prendado de lo bello. Defiende V. con suma elocuencia los eternos principios del arte, negados desde Zóilo hasta Freron, por los impotentes, los obcecados y los envidiosos—nada quiero decir de los contemporáneos.

Siga V. en ese bello estudio que le honra, y que el libro «*Los Miserables*», escrito, para despertar la caridad y socorrer la miseria, sea para V, alma noble y generosa, una ocasion más de proclamar la verdad bajo todas sus formas; bien sea en política, en filosofía, ó en poesía. Si me fuera dado interesar todos los grandes corazones en la discusion de los grandes poblemas, habria logrado el mayor éxito á que puede aspirar la ambicion del hombre; pues la cuestion que se entabla, no está lejos de ser resuelta.

Leeré la série de sus articulos, y una vez terminados, le escribiré mi parecer sobre el conjunto. Desde este momento me felicito de ser comprendido por nobles inteligencias, como la suya, en esa España que me es tan cara; V. lo sabe, amo á su pais; niño he sido Español, y bien puedo decir que he tenido dos madres, España y Francia.

Estrecho la mano del que ha escrito la bella pájina que acabo de leer.

VICTOR HUGO.

HELENA

CONSIDERADA COMO SÍMBOLO DEL ARTE CLÁSICO.

(*Conclusion.*)

IV.

La poesía lírica es el primer canto que entona el genio del arte. Helena sin duda debia ser cantada por los poetas líricos antes de iluminar la mente de Homero. Este gran poeta nos la presenta por vez primera en el libro III de su inmortal poema. Al cantar á la muger, objeto de tan rudos combates, la lira del hijo de las Musas exala dulcísimas armonías, como si agitase sus cuerdas el embalsamado aliento de Helena; sus exámetros tan fuertes y robustos se tornan suaves cómo un suspiro de amor, y la heróica y ruda lengua que modulan sus héroes toma un tinte de indefinible melancolía. Como personificacion del arte, Helena está reproduciendo con las suaves tintas de la inspiracion los combates de griegos y troyanos empeñados en sangrienta guerra por obtener su amor. (1) Iris, la alada mensagera de los dioses, le anuncia que Menelao y Páris van á combatir frente á frente en sangrienta lid, y que su hermosura será el premio del vencedor: la divinidad, recogiendo en sus lábios los perfumes de las flores de Grecia, y el eco de las auras que mecieron la cuna de Helena, despierta en su memoria el recuerdo del purísimo cielo que cobijó su inocencia, de suerte que Helena, envuelta en blancos velos acude prosurosa á la muralla á verter amargas lágrimas y á enviar á los guerreros al través del espacio las oraciones de su mente y los suspiros de su corazon.

Al verla pasar, los ancianos asentados en el pórtico de sus palacios la bendicen, porque lleva en su frente siempre pura reflejos del Olimpo. ¡Con cuánto celo la acaricia Príamo y le dice para consolarla que el hado fatal, y no su hermosura, es parte para desencadenar las tempestades qus amagan anegar en la eternidad el antíguo reino de Troya! Con los ojos anegados en llanto vé pasar á los héroes de su pátria, y repite al par de amargas quejas sus queridos nombres. La lucha descrita con todo el fuego de la poesia homérica va á decidirse; cuando Venus desciende del cielo, y envolviendo en blanca nube al hijo de Príamo, le arrebata á la muerte y le conduce á su lecho, donde suspira por su amada asaltado de lascivos deseos. Entónces Venus se dirige á Helena, y la quiere arrastrar con halagos y amenazas á los brazos de su raptor.

La esposa de Menelao porfía antes de cumplir los mandatos de la diosa; y los hermosos versos que vierten sus lábios tienen un sentimiento tal de melancolía y un acento de tan armoniosa dulzura, que el corazon se oprime, compadeciendo el martirio á que el hado condena á tan preciada hermosura; hasta que víctima de un poder sobrenatural, ni le valen lágrimas ni suspiros; el soplo de una fuerza superior á su voluntad la impele contra su propio alvedrío, y cayendo como flor agostada sobre el pecho de Páris, cede por fin á sus bárbaras caricias. La idea de Helena surge como una estrella en la imaginacion del gran cantor de Grecia. La pureza no la abandona en brazos del placer; la severidad de la virtud resplandece en aquel rostro manchado por el impuro beso de un mancebo. Cuando su voluntad habla, resiste á las caricias

---

(1) Iliada, lib. III, v 125 y sig.

de la seduccion con heróico valor; cuando la tempestad de la suerte juega con su pureza, reclina su frente sobre el pecho, y sufre resignada su desgracia.

Porque nació hermosa, la profanan los hombres; porque hija del cielo, está dotada con los dones de la inmortalidad; los pueblos la salpican de sangre, porque mas grande que todas las ideas, vive en un mundo superior á los séres que la rodean, desconocen su martirio, y la maldicen los mismos griegos; cuando sin ella eterna noche oscureciera el horizonte de sus artes.

Homero, al caer el sol en Occidente, cuando los mares murmuran religiosas plegarias y las auras cantan poéticos himnos, apoyado en su báculo llamando á la puerta de las chozas, regalaba el oido del fatigado guerrero con las hazañas de sus padres olvidadas ya en su memoria, porque el tiempo las habia borrado como borra el soplo del viento las cenizas de los héroes, y mostraba al par la pura imágen de Helena, que iluminaba su imaginacion con divinos resplandores como la primer estrella de la tarde alumbra el azulado desierto de los cielos. Y aquella Helena era su amor, su idea, su inspiracion. Por ella abandonó su pátria y recorrió los campos; por ella no se acordó de su nombre, ni supo que dictaba un poema á la gloria; por ella cantó sangrientas hazañas, y moduló tristísimas quejas; por ella, en fin, suspiró de gozo, sin duda, el dia en que la muerte vino á anunciarle que iba á unirse con el ideal que habia adivinado desde el fondo de la oscura tierra con su intuicion sobrenatural y divina. Hecha por Homero la apoteosis de la idea griega, faltaba arrojar sobre la frente del Asia una maldicion que la hiciese temblar; y Esquilo, el gran poeta que reproduce el nuevo choque del Oriente y Occidente, se levanta con noble arrogancia é imprime el sello de la infamia en la frente de su enemiga eterna. Cada una de sus tragedias es una protesta contra la civilizacion, que intenta arrogante apagar en sus inteligencias las revelaciones de lo bello, y el ódio y la venganza, que bebió en la sangre de Marathon, la escupe á la frente del coloso, que yace exánime á sus plantas, asaltado por las flechas que templaron sus padres en la ruina de Troya.

Esquilo nació de la frente de Homero. Es la consecuencia lógica, necesaria del gran poema, que llevaba en sus cantos los gérmenes eternos de todas las artes. Si el cantor de Aquiles divinizó la inspiracion griega, el cantor de Prometeo abrasó con el fuego de su génio los últimos restos de la civilizacion oriental. Grecia no venga el rapto de Helena aventando las cenizas de Troya; no, necesita de Marathon, de Platea y de Salamina para saciar su sed de ódio, y derrocar como fortalezas ruinosas los inmensos imperios orientales. Homero no entona los últimos cantos de victoria por el rescate de Helena; Esquilo, templando su lira con la misma mano que habia empuñado victoriosa espada, recogerá la herencia que legaron los pasados siglos de inmortal memoria.

De Esqilo pasaremos á Sófocles, y nunca sentimos mas el gran trabajo que nos hemos propuesto tal vez sin apreciar nuestras débiles fuerzas y sin consultar la importancia de tamaño asunto. Las dos grandes tragedias que á Helena dedicó Sófocles, han sido por el olvido devoradas; de suerte que los críticos aun no andan acordes sobre el argumento, que debió tener la intitulada *Rapto de Helena*, y la memoria de la humanidad solo conserva algunos fragmentos incompletos y destrozados de la llamada *Reclamacion de Helena*. Los trabajos que eruditos entendidos han empleado para devolver á la vida estos monumentos destrozados del arte griego merecian mejor éxito. El dolor que causa tamaña desgracia sube de punto, si paramos mientes, en que Sófocles fué el gran teólogo de la Theogonía helénica, y en que sus colosales obras encierran siempre un sentido místico, y son por lo general una verdadera alegoria metafísica. Los eruditos han pretendido rehacer la segunda de estas producciones, buscando sin descanso sus esparcidos fragmentos. De su trabajo se deduce que Ulises y Antenor luchan en Africa con las armas de su sabiduria por la suerte de Helena.

Si consideramos que ambos gefes representan, como hemos dicho, la sabiduria de Grecia y Troya, tendremos que Helena aparecerá á nuestros ojos con el brillo de que la reviste la idea oculta representada en su vida. En Egipto derramaron su sabiduria los griegos para rescatarla, los troyanos para retenerla. En estos primitivos tiempos de que tratamos, la idea es la accion, el libro donde estudia el hombre es la vida, y la sabiduria es la prudencia. Pero la ciencia, ni en su cuna puede vivir sin alejar sombras de la mente de los pueblos y sin elevarse á la concepcion de pensamientos, que rayan mas alto de lo que rayar suelen las vulgares preocupaciones. Tal vez Menelao no buscase en Troya mas que el rescate de su esposa robada, y Agamenon la venganza de la torpe ofensa hecha á su familia; pero Ulises, igual á los dioses en prudencia, buscaba sin duda el tipo de la civilizacion helénica concedido á su pátria como don celeste por Júpiter, y arrebatado por Páris, para quitar á sus enemigos toda grandeza y toda vida. La idea de Helena pasa como deslumbrante centella por la poesía épica en los sagrados tiempos heróicos, se cierne sobre la guerra grandiosa en que Grecia volvió á ver humillada á su rival, y en la lira de Sófocles canta con religioso acento como si fuera la diosa del inmortal templo del arte. El patriotismo griego no está aun satisfecho. La idea de Helena á de recibir su última y mas alta transformacion en la inteligencia de Eurípides. El último de los grandes trágicos, á quien Aristóteles llamó el mayor de todos ellos, nos dice que la impura muger, objeto de las caricias de Páris, ni fué impura, ni calló en brazos de el rival de Menelao. Veamos su tragedia, *Helena* emanada sin duda de la tradicion histórica, que como hemos dicho en la segnnda parte de este nuestro imperfectísimo trabajo, apuntó Heródoto en el libro segundo de su historia.

Aparece Helena á orillas del Nilo llorando su soledad en versos amorosísimos y de inesplicable sentimiento; porque la lengua griega es para el poeta, lo que los mármoles de Paros son para el escultor

Juno, protegiendo con su poder á la hija de Leda, entrega á las caricias de Páris una ilusion, una forma sin vida, y el infeliz pastor cree que aquel delirio de sus estraviados sentidos es una realidad de amor y de placer. No podemos resistir á la tentacion de hacer notar que difícilmente la fantástica inteligencia de los poetas alemanes hubiera podido inventar una leyenda mas profunda y mas filosófica. Sin duda la admiracion que muchos poetas nos inspiran proviene de nuestra ignorancia y del desden con que mirar solemos el estudio de la clásica antigüedad.

El hijo de Príamo llevaba en aquel fantasma de perfecta hermosura el símbolo de las aspiraciones humanas, que se creen poseedoras de o infinito y vagan perdidas en el vacío y en las sombras.

Cuando Helena concluye de dar al viento sus quejas, aparece en la escena un náufrago llamado Teucro; gefe tambien de las armadas griegas, arrojado por furioso huracan á las costas de Egipto; náufrago que al verla maldice la hermosura de Helena. Sin duda son sus quejas justas. Ayax ha caido herido por enemiga flecha sobre su escudo; Leda no pudiendo sufrir el cautiverio de su hija, se ha dormido en el seno de la muerte, y Castor y Polux han volado á habitar entre los astros para llorar con lágrimas eternas la afrenta de su hermana.

Fué bien fatal la hermosura de aquella muger. Su pátria la maldice y dos mundos chocan por su causa en el espacio, convirtiendo en cenizas un imperio, cuyas silenciosas ruinas piden una sangrienta venganza.

Helena, al verse inocente y maldecida, suspira con afan por la muerte: que el corazon amargado no puede sufrir los tristes latidos de una vida condenada á la execracion de las gentes. Para colmo de males, Menelao, perdido en la inmensidad, es juguete de las olas, que sin duda alguna le arrojarán á los espumosos abismos de los mares.

El coro, al ver tan desesperada á Helena, le dice que en apartada gruta habita una muger, cuyos son los secretos de los mares. A sus pies depositan tributos de perlas las náyades, y en sus oidos murmuran cantos apacibles como el rumor de próspero viento las hermosas nereidas. Su vista abarca los abismos, y en alas de los huracanes, recorre como blanca nube la azulada superficie del Océano.

Se llama Thenoe, y es sin duda la personificacion de las prósperas señales, que alegran el corazon del marinero. Posee además el arte de adivinacion, y sabe seguir en su inmortal vuelo al tiempo. Menelao, impulsado tambien por la tormenta, arriba á las costas de Egipto, como á ruego de Helena habia anunciado ya Thenoe. No puede dar crédito á sus ojos, y cree que es ilusion de su deseo aquella ideal muger que le recibe en sus brazos. Entónces Helena le cuenta su desgracia y le dice que Mercurio la condujo á Egipto burlando los deseos de Páris.

Tal vez el principio utilitario personificado en Mercurio intentó sepultar en el olvido al principio artístico; pero Dios, que quiere el enaltecimiento de la humanidad, impulsó al genio de Grecia á las riberas de Egipto, para que la hermosura no faltase nunca al hombre en su peregrinacion por el ingrato suelo de este mundo.

Helena ruega á Thenoe que los proteja contra Theoclimenes, su hermano; que no dudaria en sacrificar al infeliz náufrago, y corona su ruego con una súplica religiosa tan sublime como un canto de Calderon, tan dulce como unos versos de Petrarca.

Por fin, burlado Theoclimenes, Helena en brazos de su esposo se entrega á los vientos, y vuelve pura á las riberas de Grecia.

El arte griego ha cumplido ya su destino. Ha logrado por fin purificar á Helena. Ya no es prostituida amante é infiel esposa, sino pura vírgen insultada por la historia. Cada poeta ha impreso en sus lábios un ósculo de amor. Homero despierta su memoria en Grecia; Esquilo maldice á sus perseguidores; Sófocles la eleva en alas del génio á las esferas de la Teología pagana, y Eurípides la justifica, ciñendo á sus sienes la aureola de la inocencia.

El arte clásico no habia aun cumplido su destino. Le faltaba iluminar el Capitolio. La litera-

tura latina toma un carácter mas sombrío, mas melancólico que la literatura griega. En medio de sus bacanales presiente la muerte que la espera, y en la cumbre del poder oye sin duda fermentar el rayo que la amenaza. Presiente que agitada Roma por un pensamiento incomprensible trabaja y vierte su sangre para preparar el triunfo de las ideas que han de arrancar á su frente la preciada corona del universo. Este es sin duda el secreto de esa tristeza indefinible que nos inspiran hasta los cantos mas elegres de los poetas latinos. Las divinidades risueñas de los pueblos paganos se ven en Roma oscurecidas por el escepticismo, la filosofía griega con sus mil ensueños alejada por la inflexible severidad de los legisladores; las batallas de los Tirteos animadas por el soplo del arte, se reemplazan con los sangrientos combates inspirado por el mas indiferente estoicismo, y aquellos juegos olímpicos, tan risueños, huyen ante las sangrientas y horribles tragedias del Circo.

La nacionalidad romana tuvo su cuna en las ruinas de Troya. Helena vive entre el sepulcro de la civilizacion oriental y la cuna de la civilizacion clásica. De suerte que Roma tendrá tambien cantores para su nombre.

Empeñados nosotros en seguirla á Roma, la presentaremos muy de ligero, como conviene á nuestro propósito, en la poesía lírica, en la épica y en la trágica. Asi nuestros lectores la verán renacer en Roma.

Ovidio la presenta en sus Heróidas. La carta que su genio dictó á Helena es un modelo de tierna delicadeza.

La heroina desatiende los ofrecimientos de Páris. La belleza de su rostro y el brillo de sus dones no son parte á deslumbrarla. El amor la atrae á sus redes, pero el remordimiento la detiene. Lucha con su mismo corazon y triunfa de sus instintos. Teme que Grecia la maldiga y Troya la desprecie. En el lecho del placer la nube del adulterio se levanta para emponzoñar toda dicha, para matar toda ilusion. Si cede faltará á la fé prometida y borrará de sus lábios el casto beso que Menelao depositó en ellos cuando partió para Creta.

Con noble indignacion rechaza las palabras de Páris y dice que Theseo no logró triunfar de su virtud; que es inútil pintar con mágico pincel el placer que le espera y la corona que le promete. Si le siguiese, cruel guerra se desencadenaria en los cielos y en la tierra. Hecha trofeo de la victoria de Venus, las diosas vencidas arremolinarian todas las iras del Olimpo contra Helena, y Menelao burlado, esgrimiria su espada para dar satisfaccion á su ofendido y maltratado honor.—«Entónces, ¿qué harias?» le dice con amargo desprecio, echándole en cara su amor á los placeres:

Bella gerant fortes; tu, Pari, semper ama
Hectora, quem laudas, pro te pugnare jubeto;
Militia est operis altera digna tuis (1)

Virgilio intentó forjar un poema nacional. Si consiguió su intento pueden decirlo los críticos. Nosotros diremos tan solo que en nombre del patriotismo, maldice á Helena, causa inocente de los trabajos de Eneas. Y en efecto, Virgilio, enalteciendo á Roma, hereda sus odios, y cumple con su destino condenando á la muger que ahogó en sangre la cuna de sus abuelos.

Asi en la tremenda última noche de Troya, Eneas fugitivo ve á Helena refugiada en un templo. La cólera le ciega, y saca su espada para inmolar aquella víctima sobre las ruinas de la espirante pátria. Mas Venus la envuelve con su manto, y la liberta de segura muerte (1)

Sin duda el amor conocia que sus víctimas enagenan la voluntad para seguirle al ara del sacrificio.

La poesía épica tiene su último desarrollo en la posía dramática. Asi Séneca nos presenta tambien á Helena en el teatro.

Los griegos, destruida Troya, aprestanse á partir, y en aquel punto la sombra de Aquiles les detiene demandando el sacrificio de Polixena, su prometida esposa. Agamenon se opone á colmar el deseo del hijo de Tetis, pero Calchas, consultando el porvenir, dice que ni próspero viento ni amiga onda impelerá sus naves, sino consuman el horrendo sacrificio que demandan los manes irritados del héroe.

Helena acompaña á Polixenes hasta el ara diciendo estas terribles palabras:

Quicumque hymen funestus, illætabilis
Lamenta, cædes, sanguinem, gemitus habet,
Est auspice Helena dignus, (2)

Andrómaca la echa en cara sus crímenes; pero Helena dice:

Causa bellorum fui (3)

Mas despues añade:

Deditque donum judici victrix dea (4)

Hasta que llorosa y acongojada, envidia la suerte de la infeliz que va á morir (5)

El mundo antiguo ha desaparecido de la tierra, y Helena no ha muerto todavía, antes bien en nube resplandeciente, llevando consigo los secretos del arte, ha subido al cielo de la poesía moderna. Véase, pues, como la muger mas ultrajada de todas las mugeres fué engrandecida y levantada sobre todas ellas.

En el gran dia en que el pantheismo logró escribir su divina comedia llamada el Fausto, Helena debia ser evocada de la eternidad como representante de la belleza clásica. En esas esferas, donde cada generacion entonó un canto y cada siglo depositó un secreto, lució la hermosura de Helena como luce la luna en la inmensidad del firmamento. Fausto, que revolvió las entrañas de la naturaleza abismandose en el desierto de los cielos, ya para aspirar el aliento de vida que anima á todo ser, ya para oir las eternas armonías que produce la inmensa escala de los mundos, no descansó de su peregrinacion ni exhaló el aroma de su alma al foco de la vida sin haber antes adorado bajo el cielo de Grecia la belleza de Helena. El doctor aleman, cuyo destino era fundir todas las ciencias en el crisol del escepticismo para estraer la verdad absoluta; unir todas las artes con la luminosa cadena del amor para forjar la belleza perfecta; reunir en el cielo inmortal de su espíritu todas las sustancias para rehacer lo infinito en la humana inteligencia con las formas de lo relativo; el doctor aleman, atormentado por un remordimiento y una esperanza, se perdió en brazos de Helena, para arrancarle el secreto del arte mas grande que en su eterno cantar ha producido la humanidad.

Antes de llegar á su idea, envuelto en el torbellino del tiempo, oye la voz de las esfinges que se despiertan de sus lechos de piedra, y el canto de las sirenas que se levantan del fondo de los mares como evocadas por la trompeta del juicio final. Y en efecto, el espiritu humamo, poseedor de lo absoluto, ha llegado ya á los tiempos del Apocalipsis. Las ondas de luminosas ideas que naturaleza arroja á sus plantas son los secretos de los pasados siglos, que han perdido las nubes que los manchaban.

Fausto en su carrera reune todas las ideas y todos los sistemas esparcidos como rayos que brados de luz en la mente de los filósofos y de los poetas.

Asi al verlo cruzar recostado sobre la gloria, naturaleza se estremece; los filófosos levantan su voz, los sábios abandonan su laboratorio, porque comprenden sin duda que ha sonado en la eternidad la hora de la armonía universal representada por lo absoluto, cuyo santuario es el espíritu humano. Aquella sinfonía de todas las divinidades, es el último gemido de una lira que se rompe. Fausto, refugiado en un templo gótico; arca de la alianza, donde se encierran las oraciones, y las lágrimas de los hombres; recibe á la mústia luz de las lámparas que oscilan como el corazon del creyente, el principio artístico (Helena), y de aquel enlace de amor surge la poesía moderna.

Fausto consagró á los pies de Helena el genio de Byron; de ese poeta que cantaba sobre las ruinas de las antiguas instituciones destruidas por el poder del pueblo, resumiendo en sí toda una época.

El canto de Byron fué una blasfemia, su vida una orgía. El mundo le habia herido en el corazon, y destilaba sangre. Queria amor, y encontró desengaños; buscaba ciencia, y en el fondo del saber halló la duda. Tenia en su mente la eternidad, y el tiempo le encadenaba á su carro; concebia lo infinito, y el espacio le encerraba en su triste sepulcro. Nacido al pie de las ruinas cantó como un cisne, ansioso de luz ascendió al sol para descubrir tan solo *las manchas de su disco*. Turbó con su canto la felicidad de mil pueblos, y dictó sus negaciones á la Europa entera. Era el ángel caido que llevaba en sus manos la lira del cielo. Su grandeza fué su martirio. Por mas que intentaba encenagarse en el vicio, la corona de su génio flotaba siempre en el cielo. No tenia fé, y peleó por la fé; se burlaba del hombre, y murió por el hombre.

Aquel poeta, que se reia del amor, fué á buscar amor bajo el cielo de Grecia y al pie de la tumba de Helena. Allí la muerte, compadecida de sus dolores, selló su frente con uu beso de paz.

Helena, pues ha pasado por la imaginacion de todos los siglos. El espíritu humano la ha purificado de sus crímenes. Ya no es una muger, no, es una idea. Asentado esto, si contamos con tiempo y espacio, examinaremos como los filósofos han juzgado el arte clásico, del cual fué un símbolo Helena.

EMILIO CASTELAR.

(1) Heroid, XVII, v 254 seqq.

(1) Eneida. Véase desde el verso 567 hasta el 587.
(2) Séneca. Troades, act. IV v. 862.
(3) v. 918.
(4) v. 922.
(5) v. 939.

DISCURSO

LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL SEÑOR DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ EL DIA 11 DE MAYO DE 1862.

(*Continuacion.*)

Dicho queda que el monumento mas antiguo de la

poesia castellana, que hoy conocemos, es el *Poema del Cid*, escrito (segun opinó el erudito Académico D. Tomás Antonio Sanchez) despues del año 1157. La muestra más antigua de nuestra prosa es el Fuero de Avilés, mezcla de latin y de castellano, que parece se redactó en el reinado de Alfonso VI, por los años de 1084, ó poco despues. Hay, sin embargo, en mi dictámen, siguiendo la opinion del eruditísimo Fray Martin Sarmiento en sus *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, hay algun fragmento de nuestro romance, un poco anterior al Poema y al Fuero citados. El Arzobispo de Toledo D. Rodrigo, en su historia latina de España (1), refiriendo el inflexible teson con que Alfonso VI mandó en el año 1077 que se admitiera en todo su reino el oficio eclesiástico romano, que el Arzobispo llama francés, escribió estas palabras: «*Et tunc, cunctis flentibus et dolentibus, inolevit proverbium: Quo volunt Reges, vadunt leges*». (Y entonces, llorando todos y doliéndose, tuvo su orígen el proverbio: *Allá van leyes do quieren reyes.*) En los dias de Alfonso VI, y aun mucho antes, ya no se hablaba latin en Castilla; de modo, que aquella protesta del pueblo hubo con precision de ser expresada en idioma vulgar, y probablemente en la misma forma en que hoy la decimos: un refran, pues, un refran formulado en dos versos de cinco sílabas, adornado de consonantes rigorosos, es la frase de más antigüedad conocida que tenemos en castellano. De antigüedad no más que presunta, bien que probable, aun subsisten algunas mas, y tambien son proverbios. El de *Entrar por la manga y salir por el cabezon* se refiere á la adopcion del bastardo Mudarra, hecha hácia los años de 1010 por la esposa de Gonzalo Bustos: no ignoro que se da comunmente por fabulosa la historia de los siete Infantes de Lara; pero si es fábula muy antigua, como parece, muy antiguo será tambien el dicho vulgar, en ella fundado. El de *Ver y creer como Sancto Tomé*, de seguro, es aun más antiguo. En el *Poema del Cid* leemos los nombres de *San Fagund, San Servan, San Sebastian y San Pero ó San Peydro*, donde el adjetivo *santo* (que es, omitida una letra, la palabra latina *sancto*) se ve empleado ya sin la última sílaba, como hoy se usa. En el mismo poema registramos tambien los nombres de *Sant*-Estéban y *Sant*-Esidro, donde áun se conserva la *t* penúltima de *sancto ó santo*, forma que pertenece á una época anterior, porque tiene más de la palabra primitiva; pues en algun tiempo se hubo de poner íntegra la de *sancto* delante de todos los nombres de los bienavénturados, pronunciando lo mismo *Sancto Petro y Sancto Isídoro* que *Sancto Stéphano*. Pero al omitirse la *o* final de *sancto ó santo* delante de los nombres de *Thómas, Tomás ó Tomé, y Toribio*, se hallaron nuestros antepasados con la dificultad de pronunciar dos *tt* seguidas, tropiezo que los obligó á exceptuar dichos nombres de la regla que introducia el uso nuevo; así, enredándoseles la lengua en los dientes para decir *Sanct Tomé y Sanct Toribio*, siguieron pronunciando como ántes *Sancto Toribio* y *Sancto Tomé*: práctica prolongada hasta nuestros dias, como recuerdo y señal del primitivo castellano; aunque ya, léjos de ser necesaria esa sílaba *to* delante de los nombres Toribio y Tomás, los afea algo con la repetieion del mismo sonido, y no habria inconveniente en decir *San Toribio* y *San Tomás*, como se acostumbra con todos los otros nombres de santos; pues no es de temer que por unirse la sílaba *san* con la de *to*, primera de *Tomás* y *Toribio*, creyesen algunos que *San Tomás* y *San Toribio* eran dos santos, el uno con el nombre de *Más*, y con el nombre de *Ribio* el otro. El haber comprendido en esta excepcion al nombre de *Santo Domingo* provendrá de que ántes la pronunciacion de la *d* se acercaria más á la de la *t*, por dársele más fuerza que ahora. *Ver*, pues, *y creer como Santo Tomé* es una frase de las más antiguas de nuestro idioma.

El nombre actual del rio *Duero* procede tambien del antiguo nombre latino *Durio;* y formándose el caudal de este rio con el de otros, el refran *Yo soy* (2) *Duero, que todas las aguas bebo*, tambien debe ser tan antiguo como nuestra lengua. Probablemente en el mismo caso estará el otro refran de la misma naturaleza: *Lozoya lleva el agua y Jarama tiene la fama* (3). Creo, señores, que los más remotos monumentos de nuestro lenguaje, ó siquiera los restos más antiguos de ellos, yacen desconocidos entre la multitud de los proverbios del vulgo, como los huesos de Cervantes en el convento de las Trinitarias; como los de Lope, sacados y revueltos con otros, de la bóveda de San Sebastian, y arrojados á la hoya comun en el cementerio general de Madrid, extramuros de la puerta de Bilbao.

Del carácter y forma de nuestros refranes, considero difícil dar en general una idea exacta: obra de muchos, monton de materiales allegadizos, en que lo viejo se revuelve con lo nuevo, más representan opiniones, tendencias y caractéres individuales, que la índole de una nacion; aunque trazan perfectamente el espectáculo de la nuestra en la media edad, cuando los reyes eran poco más que capitanes, la Iglesia y la nobleza caudillos casi al igual de los reyes, y el pueblo, tan pronto siervo como soldado, presa de todos dirigiendo la esteva, instrumento dócil y noble de todos en las lides, juez y señor de sí propio tambien en el municipio. Refranes tenemos, que respiran la sencilléz y la religiosidad propia del labrador, como el de *Cuando Dios quiere con todos aires llueve*; los tenemos religiosos á la par y sagaces, como el de *A Dios rogando y con el mazo dando*; los tenemos duramente impíos, como el de *Dominus providebit decia el Cura, y arrastrábale la mula;* muchos en que la clase superior culpa ó escarnece á la ínfima, como en el de *Al conejo y al villano despedázale con la mano;* muchos en que las clases últimas reclaman sus derechos y lamentan su suerte, como en aquel, que bien puede tambien llamarse cantar:

Todos somos hijos
De Adan y de Eva;
Pero nos distinguen
La lana y la seda.

Y este otro: *Sirve á señor, y sabrás qué es dolor.* Y éste, aun más expresivo: *La cárcel y la cuaresma para los pobres es hecha.* Pero los más notables son aquellos que encierran un pensamiento agudo, ya grave, ya cómico. *El que no lleva zurron, no tiene miedo al ladron* es lo mismo que se dijo en latin: *Cantabit vacuus coram latrone viator:* Siéntate *en tu lugar, y no te harán levantar* es una leccion del Divino Maestro: Si *quieres aprender á orar, entra en la mar;* y Si *quieres saber cuánto cuesta un ducado, búscalo prestado*, son dos lecciones de la experiencia. Lo mismo puede decirse de éste, cuyo triste concepto no pudo salir sino de lábios de un desvalido:

Era yo polvo:
Vínome agua,
Hízome lodo.

Mayor hubiera sido la pena de quien así se lamentaba, si se le hubiera podido aplicar esta otra advertencia.

Pasó *pudiste*,
Vino *querrás:*
Entónces no quisiste,
Ahora no podrás.

Los agudos son de varias maneras. Repárese la respuesta de esta pregunta: *Qué lleva la aldeana*?—Si *el asno cae, nada.* No se necesita gran penetracion para conocer que la carga del asno era el producto de un gallinero. Con la misma facilidad comprendemos cuántas piezas habia recogido el cazador de perdices que dijo: Si *ésta mato, tras que ando, tres me faltan para cuatro.* Adelantado apetito de uvas tendria el hijo á quien oyó su padre exclamar gozoso: *Albricias, padre, que ya podan.* Explicacion ninguna necesitan estos:

—Miguel, Miguel!
No tiene abejas, y ¡vendes miel!
—No sé qué te diga, Anton:
El hocico traes untado,
Y á mí me falta un lechon.
—Manos, que non dades,
¿Qué buscades?
—Sabeldo, vecinas,
Que doy de comer á mis gallinas.
—Marihuela, ¿fuiste á la boda?—
No, madre; mas galana estaba la novia.
—Hija, sé buena.—
Madre, truena.
—Desde que me estais predicando,
Ciento y veinte agujeros conté en aquel rallo.
—Pesa presto, Lucía,
Cuarteron por media libra.
—Sancha, Sancha!
Bebes el vino, y ¡dices que mancha!
—A ellas padre,
Vos á las berzas y yo á la carne.
—Por qué hiciste la obra mal?—
Por salir á mi jornal.
—Cuando ayunque, sufre;
Cuando mazo, tunde.
—O comed y non gimades,
O gemid y non comades.
—El, anoche se murió,
Hoy ella casarse quiere:
¡Ay del que muere!

Muger cual ésta debió ser la que, teniéndose por viuda, y volviendo en sí el que ya contaba como difunto, murmuró:

Qué placer de marido!
La cera quemada, y ¡él vivo!

Conocida es aquella fábula, donde se refiere que escarmentados unos ratones del peligro que corrian en el suelo de cierta casa, perseguidos por una voraz comadreja, se subieron al techo; y no pudiendo su enemiga cazarlos ya, se envolvió en harina para hacer creer á los ratones que era un montoncito de ella. Brevísimamente la compendió uno de nuestros refranes en estas palabras: *Ratones, arriba; que todo lo blanco no es harina.*

Una escena muy cómica, y de seis páginas de impresion, tiene Moliére en su *Convidado de piedra*, la cual pasa entre el temerario D. Juan y un acreedor apocado. D. Juan, á fuerza de cumplimientos, finezas é interrupciones, echa de casa al acreedor, sin dejarle pedir su dinero. En dos versos de ocho sílabas tenemos nosotros en un refran la síntesis de aquella dilatada y graciosa escena:

Buenos dias, Pero Diaz.
—Más quisiera mis blanquillas.

A fundarse en verdad la inculpacion de desidia que los extrangeros nos hacen, el refran característico por excelencia entre todos los nuestros debia ser éste:

Al revés me la vestí;
Ándese así.

Pero contra él protesta aquel del padre afanador, que decia: *Hijo Gomez, miéntras huelgas, haz adobes.* Y en otra ocasion le repetia: *Miéntras descansas, maja esas granzas.*

¿Quiénes habrán sido los autores de estos y otros muchos discretísimos pensamientos, que se hallan en las copiosas colecciones de nuestros refranes? Indudablemente, Señores, los que se refieren á faenas ó conocimiento del campo, á circunstancias de los ejercicios fabriles, á la vida del pueblo, en fin, deben ser obra de individuos del pueblo. Aquello de *Más vale rato de sol, que cuarteron de jabon*, ¿quién lo inventaria? Probablemente una lavandera.

La forma de los refranes, en que entra, ya el consonante, ya el asonante, se puede apreciar por las muestras que van presentadas; forman á veces versos de perfecta medida como estos:

Año de nieves,
Año de bienes.
—A canas honradas
No hay puertas cerradas.
Bien te quiero, bien te quiero;
Mas no te doy mi dinero.
—Por nuevas no peneis;
Que hacerse han viejas y saberlas heis.

Otras veces no se sujetan á medida ninguna, como se ve en estos dos:

—El gaitero de Bujalance:
Un maravedí porque empiece,
Y dos porque acabe.
—Llevad vos, marido, la artesa;
Que yo llevaré el cedazo,
Que pesa como el diablo.

Considerando esta desigualdad de medida, y que entre los refranes han de existir, fiel ó infielmente conservados, los ensayos más antiguos de nuestra poesía, parece que seria justo inferir que, al principio, los versos castellanos debieron carecer de medida fija. En cuanto á los versos de los refranes, ú otros cualesquiera, compuestos para hablarlos, firmemente lo creo; en cuanto á los versos que se habian de cantar, creo que desde el principio debieron ir sujetos á medida constante: los cantares castellanos del vulgo tendrian siquiera la medida de los himnos latinos, que cada dia festivo se oian en el templo. *Cantar* se llama al *Poema del Cid* en el verso 2,286 de la obra: me figuro que lo llamarian así porque estaba extendido en rimas, distintivo de los cantares; pero no acierto á creer que fuese escrito para cantarlo. Los versos 523, 524, 525 y 526, del *Poema del Cid*, son estos:

Toda la quinta á mio Cid fincaba.
«Aquí non lo puedo vender nin dar en presentaya.»
Nin cativos nin cativas non quiso tener en su compaña.
Fabló con los de Casteion, invió á Fita é á Guadalfajara.

Larguisimos parecen estos versos para cantarse; podrian, sí, recitarlos con cierta declamacion cadenciosa, en la cual se marcaran los fines de ellos con cierto dejo mú-

(1) *De rebus Hispaniae*: Lib. VI, Cap. XXV.

(2) So dirian antes que *soy*.

(3) Que antiguamente sería: *Lozoya lieva l' agua, e Jarama há la fama.*

sico. Se hallan en el *Poema del Cid* bastantes versos que no guardan asonancia ni consonancia con los inmediatos; y aunque se pudiera alegar esta circunstancia para sostener que no fué aquel poema escrito con aplicacion al canto, á otra opinion muy distinta me guia semejante extrañeza. El autor del *Poema del Cid* hubo de tener muy buen oido, para dejarse sin rimar verso ninguno de su obra, escrita con mucha anterioridad á la del códice único que de él se conoce; quien trasladó ese códice no lo reprodujo tal como lo habia encontrado. Véase la prueba. El verso 81, dice:

Espenso he (1) el oro é toda la *plata;*

y entre este verso y el 83, que termina con la palabra *campaña*, se halla el verso 82, en la forma siguiente:

Bien lo vedes, que yo no trayo *aver.*

Aunque *aver* no asuena con *plata* ni *campaña*, ya se conoce que el autor hubo de escribir:

Bien lo vedes, que yo aver no *traya;*

pero al copiante le hubo de parecer mal aquella trasposicion, cuyo motivo no comprendia; restituyó el órden gramatical que le pareció mas legítimo, y convirtió el verso asonantado en verso suelto. Lo mismo hizo con el verso 184, que aparece así:

A tod el primer colpe trescientos marcos de plata echaron.

Pero concluyendo el verso anterior en *blanca*, y el posterior en *pagaban*, claro se manifiesta que el verso genuino debió ser:

A tod el primer colpe trescientos marcos echaron de *plata*.

Además, así como el autor del poema pronunciaba *tod* en lugar de *todo*, así tambien en lugar de *Alfonso* debió decir muchas veces *Alfons ó Alfon*; el copiante sustituyó *Alfonso* al fin de una porcion de versos, y los dejó sin la rima ó semirima correspondiente. Lo mismo ejecutó con un gran número de palabras en que el autor suprimia una *e*, diciendo *part* en lugar de *parte*, y *varons* en lugar de *varones*: palabras que escritas á la castellana desfiguraron el texto del poema lastimosamente. Y por cierto que esos consonantes ó asonantes citados en que se suprimia una *e*, y otros, como *colps* (2), *ciclatons*, *guarnizons*, *infanzons*, *corts*, *nochs*, *mort*, *bendicions*; y otros de otro género, como *forn*, *font*, y *Hierom* y *Sanctiague* en vez de *Jerónimo* y *Santiago*, me obligan á creer que el *Poema del Cid* no fué escrito en el corazon de Castilla, sino en alguna poblacion donde se hablaba promiscuamente la lengua castellana y la lemosina; si no es que el autor, á semejanza de Homero, usó deliberadamente de varios dialectos, porque todavia entonces podian entenderse sin gran dificultad el catalan y el gallego, el de Valencia y el castellano. Sea lo que fuere, por el *Poema del Cid* podemos formar idea de lo que serian los cantares cortos del pueblo en Castilla, cuando Alfonso el VI puso vencedor la silla de su trono en Toledo.

Los poetas mas antiguos vulgares de que tengo noticia, por sus condiciones morales valieron poco: por su ingenio, bastante; pero los asuntos en que se ocuparon no eran para vivir en la memoria de sus iguales: eran gente del pueblo, y carecian de inspiracion poética popular. El primero que hallo es Garci Fernandez de Gerena, coetáneo del rey D. Juan el I: un perdido, que se enamoró de una juglaresa, la cual, habiendo sido mora, le hizo renegar á él y volverse mahometano en Granada; las poesías que de él se conservan, y no son despreciables, versan sobre lances de su aventurera vida, nada ejemplar, y son completamente personales. Tambien lo son las de Anton de Montoro, descendiente de judíos, y las de Juan de Valladolid, por otro nombre Juan Poeta. Dejando sus escritos en paz y los de algunos otros poetas del vulgo, puramente personales tambien, que se registran en diferentes cancioneros, apresurémonos á entrar en el siglo XVI, como punto de partida para llegar mas pronto á la edad presente. Cervantes, que en el año de 1615, y á los sesenta y ocho de su vida, imprimió la segunda parte de su *Quijote*, habla de coplas y de seguidillas que supone cantadas en el reino de Candaya, para ablandar la severidad de la Condesa Trifaldi. Dos coplas cita, la una traducida del italiano, obra de escritor conocido, Serafino Aquilano; la otra, refundicion (digámoslo así) de la que originalmente se atribuye al comendador Escribá. «De las concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas (dice allí Cervantes), porque escriben unas coplas, no como las del Marqués de Mántua, que entretienen y hacen llorar los niños y las mugeres, sino unas agudezas, que, á modo de blandas espinas, os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella.... Pues ¿qué, cuando se humillan á componer un género de verso, que en Candaya se usaba entónces, á quien ellos llamaban seguidillas! Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos; y finalmente, el azogue de todos los sentidos.—Tambien en Candaya, dijo mas adelante Sancho, ¿hay poetas y seguidillás!... Imagino que todo el mundo es uno.» Evidentemente se descubre que Cervantes hablaba de los poetas de España; evidentemente se conoce por aquel *entónces* de la Trifaldi, y por el *todo el mundo es uno* de Sancho, que Cervantes aludia, cuando menos, al siglo anterior y á la par al XVII; y evidentemente aquellos poetas, que se humillaban componiendo cantares, eran ingenios de alta jerarquía poética: de todo lo cual inferiremos que las coplas y seguidillas del tiempo de Cervantes, ingeniosas, pero con peligro, no eran obra del vulgo, cuya poesía conservaba el noble y sencillo carácter aun de los romances viejos, como el del Marqués de Mantua. Pero, ya fuesen vulgares ya aristocráticos los cantares de fines del siglo XVI y los de todo el XVII, los del próximo pasado y los de éste, no acontece con ellos lo que indiqué respecto de los refranes: poseyendo nosotros miles de cantares de todos géneros, devotos y burlescos, tiernos y satíricos, morales y libres, el mayor número les imprime un carácter, el cual es y no puede ser otro que el de nacion: perfectamente pintan la noble galanteria española. Galantería noble, repito, y por consecuencia decente, pues, ¡cosa singular! por milagro se encuentra entre estas poesías de amor una declaracion amorosa: todas se refieren á celos, desengaños, ausencias, dolores y satisfacciones de un amor ya nutrido en la marcha del tiempo, ó mejor dicho, del único y verdadero amor, que es el que se ha alimentado de las dulzuras del trato, de los pasatiempos alegres, de la confianza mutua. Con el amor de los sentidos, apénas se ocupan; y cuando lo hacen, es con tan extremada delicadeza, con tan misteriosas y embozadas reservas, que no ofenden al pudor, ni menos á los oidos. La musa del pueblo es casta.

El uso del lenguaje figurado es general en la poesia de todos los pueblos del mundo; pero es de admirar el empleo circunspecto que de él hace el nuestro. Lo que desde luego no puede menos de llamar la atencion, es, que en un pais meridional, impregnado en las tradiciones orientales, influido evidentemente por los restos de la poesia que nos dejaron siete siglos de dominacion árabe, sea nuestra musa popular una de las menos hiperbólicas. Esto, en mi concepto, mas que de un gusto exquisito, mas que de amor á la verdad poética, es el resultado natural y sencillo de la verdad del sentimiento. En las provincias en que mas notable se hace esta propiedad, es en las del Mediodia, donde se conservan con mas vigor, no solo costumbres orientales, sino algo del hinchado y metafórico lenguaje de aquellos conquistadores de España, que tanto influyeron en nuestra civilizacion.

Nótese que la mayor novedad que los cantos populares encierran, consiste principalmente en la verdad ingénua, en la expresion candorosa con que están dichos, así los mas altos como los mas humildes conceptos. Para el pueblo no hay ni puede haber otro idioma que el vulgar y sencillo en que le han enseñado los preceptos mas sublimes de su religion; y como para mí todo lo que es afectacion y rebuscamiento deja de ser poesía, no se extrañe que encuentre en aquella preciosa dote del vulgo el orígen de sus bellezas.

Y ¿qué diré del estilo en que están escritos esos fugitivos rasgos de ingenio! ¿No parecen todos de una misma mano? Ese estilo es tan especial, es tan marcado, que fácilmente se distinguen las poesías del vulgo de las que á su imitacion han hecho ingenios mas levantados. El vulgo, que no es poeta sino colectivamente, que obedece por instinto á la influencia de su cielo, de sus nativas costumbres, de su cantar tradicional, se ha formado un estilo que puede llamarse genérico, y cuya imitacion es muy difícil, si no imposible, para los que, ejercitados en la poesía, se han formado ya una manera peculiar. En prueba de que, como ántes he dicho, el pueblo no es poeta sino cuando siente la necesidad de espresar una idea que le asalta, un dolor que le aqueja ó una alegria que le embarga, véanse sus romances, en los que, por sus mayores dimensiones, por la necesidad de dar desarrollo á una fábula ó á un pensamiento, se requiere mayor fuerza de invencion y la reflexiva frialdad del ingenio. Ya en estas composiciones la poesía del vulgo es menos colectiva, y aunque resultado del gusto poético dominante en las masas, de sus preocupaciones y de sus creencias, siempre se individualiza, recibiendo el sello que le imprime el escritor. En tales obrillas ya se encuentran, malos ó medianos, nunca buenos, estilos diferentes. Esta clase de poesía, por lo tanto, no puede llamarse vulgar sino porque retrata las aspiraciones del vulgo, y no porque éste sea su autor sino de una manera indirecta.

Entre los cantares antiguos del género grave los hay de un mérito maravilloso. ¿Quién no se ha visto alguna vez en la angustiosa situacion que se pinta en éste?

En el campo me metí
A lidiar con mi deseo:
Conmigo mismo peleo:
¡Defiéndame Dios de mí!

Y si aquel deseo tenia su orígen en una esperanza, cuyo cumplimiento no se veia llegar, ¿quien no habrá dicho dentro de sí míl veces:

Oh loca esperanza vana!
¡Cuántos siglos há que voy
Engañando el dia de hoy,
Y esperando el de mañana!

Y quizá despues de cumplido el anhelo, se exclama con doloroso abatimiento:

Por entre casos injustos
Me han traido mis engaños,
Donde son los daños daños,
Y los gustos no son gustos.

Pues, en efecto, á la luz del desengaño, se advierte que

En las mortales fortunas,
Eso es perder que ganar;
Porque en llegando á juntar
Las piezas todas son unas.

Si estos cantares pertenecen á poetas del vulgo ó no, lo ignoro; pero acercándonos á nuestros dias, y echando mano de la coleccion de seguidillas que en los primeros años del siglo presente dió á luz el que disfrazó su nombre con el de D. Preciso, hallaremos allí una gran porcion de coplas, obra de personas del vulgo, que así las componian como las cantaban en sus regocijos de baile. «Ciertamente causaria admiracion (dice á cualquiera que no supiese hasta qué grado llega el genio español, el ver que unos hombres sin principio alguno de música, y sin mas cultura que la que adquieren en las poquísimas composiciones que oyen de esta especie en los teatros, sean capaces de componer tanta variedad de seguidillas como nos dan cada año, llenas de todo el gusto y melodía que cabe.» Enamorado ciegamente D. Preciso de ellas y de sus autores, acusó en los prólogos que puso á los dos tomitos que forman su coleccion, y áun ridiculizó acerbamente, á los poetas de su tiempo, á quienes declaró incapaces de componer una seguidilla á propósito para cantarse bien, como lo hacia cualquier menestral de la córte. Pero á qué poetas vituperaba, se puede conocer por la copla que cita, compuesta por uno de ellos en una noche, cuyo estrellado cielo de repente le inspiró en estos términos:

Sale la noche vomitando estrellas.
Ay! ay! qué bellas son! ay! ay! qué bellas!

Ya veis, Señores, que el autor de esta preciosa improvisacion, de seguro no pudo ser Melendez, ni Cienfuegos, ni Moratin, ni Quintana.

Hojeando, pues, aquella compilacion y alguna que ha salido despues, hasta el precioso libro de cuentos populares dado á luz por Fernan Caballero, traeré aquí alguna muestra, para concluir este ya prolijo razonamiento.

Atribúyese, quizá sin razon, á Felipe II (1) la siguiente copla, dirigida al santo Madero, signo de la redencion humana:

Cruz, remedio de mis males,
Grande sois, pues cupo en vos
El gran pontífice Dios
Con cinco mil cardenales.

---

(1) He gastado.

(2) No están escritas así estas palabras; pero, por los finales de los versos que las acompañan, aparece que así es como debió el autor escribirlas.

(1) Panegírico por la poesía. Montilla. 1627. Se halla grabada esta redondilla en una cruz de piedra que hay cerca de la entrada del famoso convento del Parral, extramuros de Segovia.

Será todo lo ingenioso que se quiera el equívoco de los cardenales de azote con los cardenales de dignidad; pero me parece muy preferible la copla vulgar moderna que dice así:

Un árbol hay en la Iglesia
Con espinas y sin flor:
Angeles á los costados,
En medio nuestro Señor.

No veo en la primera el sello del Rey; cualquiera distinguirá en la segunda la marca del pueblo. Lo mismo en ésta:

Desde el dia que nacemos
A la muerte caminamos;
No hay cosa que mas se olvide,
Ni que más cerca tengamos.

Lo mismo en aquella del preso:

A la puerta de la cárcel
No me vengas á llorar:
Ya que no me qüites penas,
No me las vengas á dar.

Este encarcelado, á lo ménos tenia quien llorase con él; mas triste era la suerte del que, resignándose dolorosamente á un total abandono, decia:

Estas rejas son de hierro,
Y estas paredes de piedra;
Mis amigos son de vidrio:
Por no quebrarse, no llegan.

Sentimiento muy semejante expresa aquella seguidilla sin estribillo:

Yo quisiera morirme
Y oir mi doble,
Por ver quién me decia:
«Dios te perdone».

Por qué desearia la muerte quien dijo estos versos? Quizá por lo que manifiestan estos otros:

Estoy tan hecho á penas,
Que no penando,
Parece que me falta
Lo necesario.

Penas, que tal vez principiarian por el placer, que expresó un jóven, diciendo á una hermosa:

Cada vez que te veo,
Para mí digo:
«A mi prójimo amo
Como á mí mismo».

De ver habia pasado á mas el que ya nos contaba con dulce recuerdo:

Maria me dió una rosa,
Y su madre la miró:
Mas colorada se puso
Que la rosa que me dió.

La ruborosa Maria de nuestra historia era tal vez aquella que poco tiempo antes, esquiva y adusta, dió lugar á que se cantara:

«El demonio son los hombres»,
Dicen todas las mugeres;
Y luego están deseando
Que el demonio se las lleve.

Y eso que otro cantar le daba el prudente aviso de que:

Las mugeres al mundo
Perdido tienen;
Y los hombres, al mundo
Y á las mugeres.

El que recibió de Maria la rosa, ya la visitaba despues, refiriendo de sí donde nadie le oyera:

Cuando voy á la casa
De mi Maria,
Se me hace cuesta abajo
La cuesta arriba;
Y cuando salgo,
Se me hace cuesta arriba
La cuesta abajo.

Disimula su amor, aleccionado con la copla:

El secreto de tu pecho
No se lo digas á nadie;
Mejor te lo guardará
Aquel que no te lo sabe.

Pero una pasion mal puede esconderse: una vecina, sagaz observadora, le arguye de este modo:

Dices que no la quieres
Ni vas á verla;
Pero la veredita
No cria yerba.

Dichas de amor suelen durar poco: el amante de Maria sospecha de ella. Le aconseja un amigo:

No adelantes el discurso,
Sino para pensar bien;
Que á veces nos presumimos
Lo que no ha sido ni es.
Los celos y las olas
Hacen á una;
Que parecen montañas,
Y son espuma.

Maria, si creemos al galan iritado, le saca de tino con inprudencias, que él llama locuras: el amigo trata de hacerle conocerse á sí propio, insinuándole que

Del carro de los locos
Todos tiramos,
Unos con tiros cortos
Y otros con largos.

El amante replica:

Mas quisiera en una plaza
A un toro bravo esperar,
Que á una muger que me diga:
«¿Qué cuidado se me da!»

Se ven, y es para desavenirse mas. En vano se disculpa Maria diciendo:

Mi padre me tiene dicho
Que me tiene de sacar
Los ojos con que te miro;
Y yo, que te he de mirar.
Me han quitado el ir á misa,
Me han quitado el confesar,
Me han quitado que te quiera:
¿Qué mas me pueden quitar?
Tú eres mi primer amor,
Tú me enseñaste á querer:
No me enseñes á olvidar,
Que no lo quiero aprender.

Los celos del amante no se desvanecen: la confianza antigua no se renueva: no trata ya de *tú* á Maria, sino que le dice:

Los enemigos del alma
Todos dicen que son tres;
Y yo digo que son cuatro,
Desde que conozco á *usted*.

Separacion y ausencia; pero

Pecho de amor herido
Tarde se alivia,
Si no da los remedios
Quien dió la herida;
Y sus dolores,
En no viendo la causa,
Se hacen mayores.

Entre tanto, ¿qué es de Maria? Oigámosla:

Ya no me asomo á la reja,
Que me solia asomar;
Que me asomo á la ventana
Que cae á la Soledad.

Escuchemos al celoso:

¿De qué sirve que yo quiera
Disimular mi dolor,
Si en los ojos y el semblante
Llevo escrita mi pasion?

Aun se considera ofendido; pero ya perdona:

Por agravios que me hagas,
De tí no me vengaré;
Porque te vale el sagrado
De haberte querido bien.

Combatido por contrarias ideas, ni se resuelve á ir á donde su corazon le impele, ni á buscar en el olvido la tranquilidad:

Ni contigo ni sin tí
Mis males hallan remedio:
Contigo porque me matas,
Y sin tí porque me muero.

Ya desea verla; ya dice:

Si tuviese figura
Mi pensamiento,
Siempre te lo encontraras
En tu aposento.

Ya supone que Maria suspira por él:

Suspiros que de mí salgan,
Y otros que de tí vendrán,
Si en el camino se encuentran,
¡Qué de cosas se dirán!

La reconciliacion se ha verificado. Maria exclama, buscando y recibiendo un ósculo maternal:

¡Bendito sea Dios, madre,
Que ya pareció el perdido!
Que no se puede perder
Pájaro que tiene nido.

Una gran calamidad pública invade la ciudad en que los dos habitan. Maria tiene que vestirse de luto.

¡Malhaya la ropa negra
Y el sastre que la cortó;
Que mi niña está de luto,
Sin haberme muerto yo!

Las desgracias de las familias alteran la concordia restablecida. El azote del cólera devasta la ciudad; el galan animoso prorrumpe:

Yo no le temo á la muerte,
Aunque la encuentre en la calle;
Que, sin licencia de Dios,
La muerte no mata á nadie.

Pero el valeroso jóven es envuelto en el torbellino de la dolencia exterminadora; se le oye que dice al médico:

¿Para qué vas y vienes,
Doctor, confuso,
Si el mal que á mí me aqueja
No está en el pulso?

Y dirigiéndose con el pensamiento á Maria:

Dentro de la sepultura,
Y de gusanos roido,
Se han de encontrar en mi pecho
Señas de haberte querido.

Triunfa de la muerte el amante: áun no sale de casa pero desde ella, ha visto pasar á su amada... Cómo? De esta manera nos lo dice:

En el carro de los muertos
Ayer pasó por aquí.
Llevaba la mano fuera:
Por ella la conocí.

Perdonadme, Señores, si os he fatigado con esta novela vulgar en verso: no me hubiera atrevido á tanto, si no hubiese recordado que un dia os habreis de ocupar detenidamente en el exámen de novelas en prosa. La que os he leido, que solamente se puede llamar novela porque se compone de muchas historias, hubiera podido ensancharse con varios caractéres que hubiesen producido episodios amenos, como el de la casada que dijo:

Mi marido fué á las Indias
Por acrecer mi caudal:
Trajo mucho que decir,
Pero poco que contar.

O bien el del galan mariposa, representado en la seguidilla síguiente.

De puerta en puerta un pobre
Coge mas cuartos,
Que quedándose en una
Siempre parado,
Por esa cuenta
Ando yo en mis amores
De puerta en puerta.

Pudiera haber extendido á muchas mas ese manojo no pequeño de seguidillas; pero creo bastan las dichas: quizá sobran algunas; y por evitar prolijidad, no haré acerca de ellas observaciones que su lectura os habrá sugerido. En todas el pensamiento se distingue por su verdad y sencillez, la expresion por su propiedad y limpieza. La última en particular, ese triste y hermoso cuadro de la jóven que llevan en el carro fúnebre á la postrer morada, es uno de los mas bellos rasgos de poesia que se han escrito. A vuestros oidos ha llegado precediéndole explicaciones, que le quitan gran parte de su mérito: es un diamante que, engastado con otros, casi ha quedado cubierto por el engaste; vista sola la piedra, luce mas, y su magnitud y su valor suben de punto, y maravillan al que la contempla. Cuatro versos no mas tiene ese poemita admirable; supongamos que, sin preparacion ninguna, oimos los dos primeros:

En el carro de los muertos
Ayer pasó por aquí.

Estamos á la mitad de la composicion: vislumbramos un cadáver; pero no acertamos á distinguir si es de muger ó de hombre, si es un niño, si es un anciano; tampoco sabemos quién es el que habla: no adivinamos qué tiene que ver con el cadáver la persona que nos da la noticia. Oimos el tercer verso, que es el penúltimo:

Levaba la mano fuera....

Esta circunstancia ya despierta nuestro interés. No se alcanza á ver el rostro del difunto ó difunta: va hundido en la caja; ¡pobre almohada le han puesto! Nos oculta

el ataud una mano tambien; no las lleva cruzadas: ¡precipitado entierro! señal de tristísimo desamparo, de completa y repentina orfandad: aun no nos dice bastante la mano. Llega, en fin, el último verso:

Por ella *la* conocí.

De repente se rasga un velo ante nuestros ojos, y una dolorosa escena se nos descubre. ¿Quién ha podido conocer tan pronto aquella blanca mano, sino el que largo tiempo suspiraba por ella? Allí sus deseos, allí la huella de sus lábios, allí conocemos la señal de sus lágrimas; teníamos á nuestro lado al infeliz amante de la malograda doncella, que en medio del general conflicto, sin madre ya, ni déuda que la hubiesen adornado con la amarilla palma, con la corona cándida de las vírgenes, conducida es á la fúnebre hoya, consumidero de la hermosura. Una sola palabra, un monosílabo, dos letras, dos sonidos no mas, un *la* nos ha dicho tanto. En el arte de Orfeo, difícil será encontrar otra vez ese signo mas delicada y tiernamente empleado.

Muy lejos estuvo de hacer ostentacion de ingenio quien compuso esa copla: sentia vivamente su pecho, movió su lábio la verdad, y prorrumpió en un tristes canto de peregrina belleza. Quién seria el autor? Siento haber leido, siento recordar en este momento un soneto de Lope á un galan que, acompañado de otros tres caballeros, ayudó á llevar á la sepultura el ataud en que iba su dama (1). Lope, el Fénix de los ingenios, el que tantos rasgos de ternura dejó en sus comedias, no era el amante de aquella muger; escribió de encargo, por compromiso probablemente, y así no dijo en los catorce endecasílabos de aquel soneto cosa que se pueda comparar con los cuatro versos de romance que os he analizado, sin necesidad ninguna, por cierto: no necesita exámen ni recomendacion esta clase de rasgos. Tampoco necesitan encomios el carácter, el corazon y la inteligencia del pueblo que los produce: esos, y muchos otros de los que os he leido, parece que se han hecho por sí, ó que, si hay Musa de la verdad, ella los inspiró, y por eso nada les falta, nada les sobra. Flores del campo, de ellas he tejido una guirnalda que ofrezco á esta Real Academia: pobre don, propio de quien lo trae; no indigno de este santuario de las letras, donde todo lo que puede ornar el ara del buen gusto, encuentra favorable acogida. Tarde he venido; *tarde*, quizá, *y con daño*, como dice un refran, porque en este discurso habré manifestado á las claras de cuán poco podré serviros; pero en atencion siquiera á la sinceridad noble de mis deseos, confio en que me perdonaréis la tardanza y la poquedad de mis fuerzas, recordando el cantar que dice:

Cuando servir se quiere
Con vida y alma,
La intencion generosa
Dicen que basta.

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

Deseando que nuestros lectores, no carezcan del notable discurso, que en contestacion al del Sr. D. Antonio G. Gutierrez, leyó en la Academia de la lengua, el ilustre literato D. Antonio Ferrer del Rio, lo insertaremos mas adelante, sintiendo no poder hacerlo á continuacion del anterior, porque su magnitud, y la distribucion de las materias de nuestra Revista; nos impide hacerlo con la premura que desearíamos.

---

(1) Es este. (*Obras sueltas de Lope de Vega*, tomo IV, pág. 302.)

Al hombro el cielo, aunque su sol sin lumbre,
Y en eclipse mortal las más hermosas
Estrellas, nieve ya las puras rosas,
Y el cielo tierra en desigual costumbre:
Tierra, forzosamente pesadumbre;
Y así, no Atlante, á las heladas losas
Que esperan ya sus prendas lastimosas;
Sísifo sois, por otra incierta cumbre.
Suplícoos me digais, si amor se atreve,
¿Cuándo pesó con mas pesar, Fernando?
¿O siendo fuego, ó convertida en nieve?
Mas el fuego no pesa; que exhalando
La materia á su centro, es carga leve:
La nieve es agua, y pesará llorando.

LOS MISERABLES

por

VICTOR HUGO.

ARTÍCULO II.

EL ESPÍRITU FILOSÓFICO MODERNO Y LA NUEVA ESCUELA LITERARIA.

En nombre de la filosofía se ensayan opuestos sistemas para buscar al principio supremo que armonice todas las oposiciones, y desate todas las dudas, hermanando y fundiendo en uno los grandes intereses de la tradicion y el arte.»

D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

Del todo privado de comun sentido, juzgariamos al hombre que, en edad de madurez y cálculo, pretendiese oponer al giro incesante del tiempo, su mortal flaqueza diciéndole: no avances más, detente: y no tan vana pudiera parecernos su porfía, como tenaz, indiferente, sorda, y flageladora de su empeño, esa corriente ni pausada ni mucho menos impetuosa, que atrás deja y acumula siglo sobre siglo, avanzando siempre y conduciendo la esperanza.

Y, sin embargo, vista la imposibilidad del hombre para contrariar la ley que al universo rige, visto el delirio que debe acompañar á quien alimente tal propósito, no faltan pretendidos sábios, que con voz ufana é imperiosa, gritan á la humanidad: «¡Detente!» ¡Insensatos! La humanidad es tambien una corriente, y ya por el estrecho cáuce en que á veces ha sido encajonada, ya saltando las impotentes lindes, alborotada y bullidora, ha continuado el curso de los siglos, envolviendo en el negro sudario de ellos á los que fueron osados á contenerla.

Esos falsos profetas que, como las antiguas sibilas, suben al trípode fatal, y emplazan al hombre ante no sabemos qué tribunal tenebroso, formulando sentencias y amenazas, cual si estubieran poseidos de un demonio vengador, son, no diremos los enemigos del hombre, pero sí los atormentadores de la humanidad.

No han faltado en otros, y en este siglo, astrólogos ó alquimistas, para la verdadera ciencia, ó bien doctores sínceros, pero ofuscados por ideas de partido, fanatizados por la pasion, que hayan hecho la apología del pasado, presentándolo á nuestros ojos con brillantes colores, como único y perenne modelo, para la sociedad presente y la futura. Estos sábios cuya elocuencia podremos admirar, mas cuyo pensamiento combatiremos siempre, estos Balmes y Donosos, Gaumes y Ráulicas, pirámides en el campo de la intelgencia, que como las de Cheops se levantan sobre el polvo de las tumbas, solo aparecen en la revuelta atmósfera en que nos agitamos, cual efímeros meteoros en aborrascados horizontes: luces que desaparecen entre las nubes, que se pierden en los fragores y grandezas de la tempestad.

«*¿Non ibo per priorum vestigia?*» El filósofo latino se respondia: frecuentaré la antigua senda de mis padres, pero en hallando otra mas fácil y llana la abrazaré,

Nosotros, mas felices quizá, hemos encontrado esa senda; por ella caminaremos sin retroceder.

Es la senda del Progreso; la ha abierto la Europa, pasando sobre arroyos de sangre, cortando á la faz del mundo régias cabezas, derribando templos, tronos, instituciones, cambiando los cimientos de la sociedad, produciendo una generacion de héroes, sepultando otra de mártires.

Hemos frecuentado la senda de nuestros padres: hemos abierto la Historia; allí está el indio embrutecido por la casta, inmóvil, infecundo, confundido en su panteismo material, rindiendo culto á devoradores ídolos. Allí, el egipcio ignorante mendigando á las puertas del templo una chispa de sabiduria á los sacerdotes de Osiris. Allí, el guerrero persa sediento de la sangre del combate. Allí, el fenicio artero tendiendo las redes de su ambicion por lejanos mares. Allí, el asirio cruel despojando á los pueblos. Allí, el griego unciendo á su carro de triunfo al desdichado ilota. Allí, en fin, la escandalosa Roma, esclavizando al mundo. Cerremos esas páginas horrorosas, donde cada palabra es una lágrima del hombre, y cada hoja un azote dado á la humanidad.

Hay otra historia, que tiene su desarrollo dentro de esa misma historia, y es más digna de ser hojeada. La que enseña la ley del Progreso que por medio de la religion, las ciencias y las artes, mejora y perfecciona al hombre, asi como por otra ley igual se mejora y perfecciona la naturaleza. La que señala uno por uno los grados de la escala de la vida del mundo objetivo y subjetivo en su desenvolvimiento general, y nos ha dado en este gran siglo, la suprema síntesis del Progreso Universal, legado el más grandioso, conquista la más sublime del espíritu humano para las venideras generaciones. La historia de la filosofía en fin, que vamos ligerísimamente á recorrer.

La filosofía envuelta primero en el caos del Oriente, mezclada con la astrología en Caldea, confundida en Dios y la naturaleza en India, pasa á las rientes playas de la Grecia, donde la escuela jónica busca un principio que esplique el mundo. Allí, encuentra el prodigioso génio de Pitágoras que la dota del número, principio, en verdad, abstracto; mas, con el cual la escuela eleática halla lo infinito. Gorgias y Demócrito preparan con sus sofismas, el gran desarrollo que adquiere con la aparicion de Sócrates, que dándole por base la razon del hombre, obligaba al oráculo de Delfos á reconocerle como el más sábio de los mortales. Apoderados Aristóteles y Platon de tan ámplio fundamento, establece el primero las relaciones del hombre con la naturaleza, y el segundo las del humano espíritu con Dios. Asi el mundo intelectual queda dispuesto á recibir la doctrina del Gólgota, que condensando la verdad filosófica, viene á imprimir al mundo un movimiento progresivo que no tiene igual en filosofía hasta la aparicion de Descartes, ni en política hasta 1793.

Pasemos rápidamente sobre los seis siglos en que se efectúan tan peregrinos acontecimientos.

Roma, que habia hecho enmudecer la tierra, oye la santa voz de los apóstoles, la revelacion del cristianismo y el grito de libertad que ha de hundir todas las tiranias. La religion del crucificado es certificada por los mártires, en tanto que el gnosticismo y

la cábala invaden la ciencia en el oriente, y el estoicismo la repulsa en occidente. El neo-platonismo impera en la Escuela de Alejandría entre astrólogos y magos, y lanza multitud de hereges á pelear con los Padres de la Iglesia. Abrense grandes concilios que sostienen el dogma católico en medio de la vacilacion, mientras el monacato se estiende desde las soledades de la Tebaida. Los bárbaros, en fin, acometen el imperio romano: el arte calla, la ciencia se refugia al monasterio, y la espada sola brilla en el globo que arde en espantosa conflagracion.

El catolicismo gran síntesis del siglo VI acoge bajo su amparo los restos amalgables de aquella civilizacion podrida, transforma algunos de sus elementos, atrae á los bárbaros, y ya triunfante, toma un caracter conservador bajo las bóvedas del santuario.

En el largo periodo de la edad media la filosofía descansa en las escuelas teológicas; engreida en las controversías *del realismo* y el *nominalismo*, no sale del claustro ni lleva á la práctica principio alguno: guardada por el sayal del cenobita, mas tarde vigilada por la inquisicion, espera ser redimida de aquella especie de esclavitud, de la cual vienen á sacarla Bacon ó Descártes.

El *nosce te ipsum* de Sócrates parece haber engendrado el *cogito ergo sum* de Descártes. A la aparicion de este gran filósofo, la ciencia entra en los abismos internos de la personalidad humana, y busca en ellos la resolucion de los mas árduos poblemas. Llega Kant, el génio innovador que, lleva la influencia de su sistema á todos los ramos del saber, y que si bien se abisma en la imposibilidad de resolver la cuestion del humano conocimiento, distingue con claridad suma en la ciencia del derecho el elemento racional del histórico y despierta entre los jurisconsultos el afan de sujetar el segundo á la piedra de toque del primero, no para destruirlo sino para fundarlo en sólida base. Estiéndense las ideas de Kant por toda la Alemania; Fichte y Schelling las acogen; Herder y Jacobi las estudian con ardor; y las universidades de Viena, Halle, Erlangen, Erfurt é Ingolstad, proclaman el criticismo y sujetan el conocimiento á la prueba racional. Triunfa el filósofo de Konisberg en la cátedra y en la prensa, arrastra á amigos y enemigos, trasciende su doctrina à Inglaterra, y Rusia, y si en Francia encuentra el sarcasmo de Cabanis, halla un Carlos Williers que la propague. Este movimiento científico, esta vida filosófica que cundia y agitaba los espíritus de estas naciones, abriendo anchas brechas en lo constituido, y preparando los cimientos de una transformacion universal, no alcanzaba á la infeliz España, aun sumida en hondas tinieblas, y, lo que es mas doloroso, las nuevas ideas al llamar á las puertas de este pais, debian ser detenidas largo tiempo por el miedo y la preocupacion.

Es de advertir que, la ciencia no pertenece á un pueblo, á una casta, á un hombre: la ciencia es de la humanidad; y en el mas lejano confin del globo donde ha brotado un pensamiento, allí. ha acudido en su busca la inteligencia del hombre. Ese pensamiento, que nace en la moderna Alemania, pertenece, pues, al mundo entero; recorre los espacios conducido por la electricidad, el vapor, y la prensa, llega á nuestras fronteras, y se le detiene; no importa, salta las vallas, flota en la atmósfera que respiramos, surge en los libros que leemos, lo apercibimos, nos sobrecoge, nos agita, se encarna en nosotros apesar de nosotros mismos, se inculca en nuestro corazon, se graba en nuestro cerebro; y entonces pretenden rechazarlo, lo conjuran, lo anatematizan, lo pintan funesto y terrible como el dios Thor de la antigua Germania, lo convierten en un vampiro que viene á chupar nuestra sangre, y sobre todo se le acusa de aleman..... -¡Un pensamiento aleman!- -¡Una ciencia alemana!- -¡Una filosofía de un pueblo protestante!- No; seamos claros, francos, y digamos sin temor: un pensamiento, una ciencia, una filosofía del hombre que viene á buscar al hombre. ¡Campo! ¡Plaza al saber que es el mas espléndido don del cielo!

Si las ideas de Kant principiaron iniciando un movimiento universal en la esfera filosófica, concluyeron por efectuar una completa renovacion. Tras del filósofo de Konisberg, llegaron Fichte y Schelling continuando sus profundas investigaciones: el primero exagerando el *yo fenomenal* de Kant, encuentra el *yo absoluto* que existe en virtud de su propia actividad, ser único fuera del cual nada es real, unidad eterna que es á un tiempo conciencia de uno y de todos, y forma un idealismo trascendental. Schelling poco satisfecho del subjetivismo de Fichte, funde el objeto y el sujeto en un principio mas abstracto, en lo *absoluto*, en cuyo seno se desenvuelve el universo; y crea la escuela *romántica*, desarrollando y á veces extraviando ciertos principios de Kant. Ciertamente que despues de este Hércules de la filosofía, no son tan firmes los pasos dados por la ciencia, pero no es menos cierto que camina en grados ascendentes á su desenvolvimiento, que busca el equilibrio entre opuestas fuerzas, y la conciliacion de diferentes principios. Preséntase Hegel con su vasto y grandioso sistema, que segun Mr. Weis, es el perfeccionamiento de la ciencia. Y no puede menos de reconocer quien penetre el inmenso campo de esta doctrina, honra del humano entendimiento, que es el mas supremo esfuerzo de la inteligencia del hombre para acercarse á una síntesis universal. Los grandes progresos de la ciencia, los agigantados pasos que desde Kant habia dado, parecian esterilizarse entre las contrarias escuelas á que dió lugar el sistema hegeliano; el misticismo exagerado de la *derecha* y el *ateismo* odioso de la *extrema izquierda*, abriendo honda brecha en la doctrina, la hacian solo fructífera en contradicciones y delirios de lo cual debian aprovecharse los enemigos encarnizados de la moderna filosofía. No por esto, quedaba agotado el espíritu pensador de Alemania, y sobre esta especie de bajo imperio filosófico, las mas veces ayudado de una lógica irresistible, vino á traer la oliva de la paz, templando las iras del combate, y estendiendo aun mas el imperio de la filosofía que se enseñoreaba ya de casi toda Europa, y habia derrotado la escuela sensualista, el gran filósofo de Nobitz, el perseguido que bajó al sepulcro dejando el mundo científico inundado de luz por los rayos de su inteligencia, reduciendo á práctica humanitaria todas sus ideas fundamentales.

Siguiendo la historia de la filosofía, notamos que esta tiene un caracter universal y forma una escala progresiva. La vemos en oriente sometida al sentido teo-cosmológico; en el mundo greco-romano libre del panteismo material; en la edad media condensada en el catolicismo; y en la moderna, emancipada de todo lazo, racional, analizadora, crítica, humanitaria. Y toma este caracter, porque los pueblos al comprender la vida del espíritu y los gérmenes de progreso que este encierra, entrados ya en la edad de la razon, toman de las regiones del pensamiento la antorcha que ilumina las instituciones, las ciencias, y las artes, y á su clarísimo resplandor, remueven cuantos obstáculos se oponen á la espansion y realizacion de la personalidad humana en el tiempo y el espacio. Las sociedades, entonces, esperimentan terribles y profundas sacudidas, vacilan en sus mas firmes cimientos, y suelen hundirse, desapareciendo sus formas y constituciones; civilizacion, instutos, cuyas raices parecian mas arraigadas y duraderas que las de aquellos árboles corpulentos que datan desde la creacion, del mas alto respeto bajan al mas liviano desprecio: doctrinas que habian sido inmutables dogmas, descienden despretigiadas al olvido: templos, altares, ídolos, caen por tierra; estátuas, obeliscos, urnas, villas, ciudades, se deshacen en ruinas, porque suena la hora de la revolucion y el ódio y la bayoneta son vengativos y demoledores.

Nosotros hemos atravesado por medio de una revolucion sangrienta y destructora; hemos escuchado los timbales de las contiendas civiles y hemos visto correr los arroyos de sangre nuestra: y durante esa década, el arte su constante reflejo, creó esa literatura turbulenta, severa, terrible, apasionada, frenética; que asida con la una mano al puñal vengativo guardaba con la otra, llena de recelo, el tósigo mortal. Volcánica y volcanizadora à un tiempo, como los corazones capaces de sentirla y admirarla, recorrió en triunfo la Europa, desde el modesto taller del obrero hasta el gabinete de la aristocrática dama; hizo verter lágrimas asi á la inocente vírgen como al viejo descreido y sensual. Nació amamantada en sangre, meciose en las ruinas dc un desplomado mundo, y ha vomitado sangre y ha sacudido polvo sobre la sociedad. En sus últimos instantes de agonia, corrompida matrona, ha corrido á la taberna y al lupanar inmundo, para inspirarse con el licor de la orgía y reanimarse con el calor del lecho de la prostituta. Y como mar alborotado que al alejarse de la playa deja el algas asquerosa en las doradas arenas, así al desaparecer el romanticismo, arroja en el arte la escoria de los degradados sentímientos.

Pero la revolucion sangrienta, demoledora, ha pasado: la literatura *romántica*, no existe.

Sobre el caos resplandece la luz; la idea luz de los entendimientos, flota sobre los escombros y las caidas instituciones, y regenera y compone, y renueva y crea. Y hemos nosotros llegado á esa época. Bendigámosla: nos viene de Dios: ¡ni la hoja del árbol se mueve sin su divino impulso!

Krause, brillante corona de la mas ilustre pléyada de los modernos filósofos, el depurador de las mas trascendentales doc-

trinas, ese génio enamorado de la naturaleza, embriagado en el amor de la humanidad, exaltado en el puro afecto de Dios, relacionando estas tres sublimes ideas, y encaminando el espíritu del hombre á su mas exacto conocimiento abre inmensas corrientes en el campo de la filosofía por las cuales se deslizan las mas cristalinas y puras aguas del pensamiento; señala desconocidas fuentes al saber, y arroja raudales de claridad sobre los horizontes de lo infinito en que vaga la mente del hombre. Despoja de sombras los espacios para poblarlos con soles de libertad, á cuyos resplandores peregrinos, los occéanos en que sobrenadan las ideas, se muestran inflamados por los rayos de la verdad, y estas, definidas, actualizadas se encaminan á un fin práctico.

En poder de Krause, la ciencia elévase á regiones tan altas, hácese, permítansenos estas expresiones, tan sencilla y amable, extensa y comprensible, agradable y fascinadora, que apesar de recorrer infinitas esferas, inconmensurables círculos, aparece mas concreta, invariable, clara, y dócil. Por eso se estiende con mayor rapidez á los paises todos, y España agena á los adelantos filosóficos, da entrada al racionalismo, y á poco, sábios maestros hacen patente al mundo que la pátria de los Murillos y Herreras, de Garcilaso y Calderon, el suelo clásico de la poesia y el arte moderno, no es extraño á los trabajos filosóficos. Mucho se debe en esta parte á los dignísimos profesores de la Universidad Central, el Sr. D. Julian Sanz del Rio, y el Sr. D. Isaac Nuñez Arenas; y no les cabe menos gloria á los distinguidos jóvenes los Señores catedráticos D. Francisco de Paula Canalejas, D. Emilio Castelar, D. Francisco Fernandez Gonzalez, Don Federico de Castro, D. Nicolás Salmeron y otros, que no citamos por acelerar el curso de este artículo, los cuales animados de un estusiasmo ferviente, han consagrado sus vidas á la propagacion de estos estudios.

Pero concretándonos á nuestro propósito, y omitiendo digresiones que embaracen el pensamiento que nos ocupa, deduciremos de lo que llevamos escrito, que el espíritu filosófico de la era actual, arrastra á las inteligencias á buscar un principio armonizador y fijo, del cual partan naturalmente los cánones y reglas todas que rijen las ciencias y las artes, dándoles fundamento, vida, y amplitud para su progreso; á un tiempo mismo que trabaja sin descanso por alejar de la tierra cuanto de inhumano, monstruoso y feo existe, dando á conocer al hombre con demostraciones de hechos y de doctrina, la ley suprema del universo y de la humanidad.

«El amor de Dios es el principio de toda ciencia y de toda vida». Todas las leyes, pues, principian en Dios.

Ley es, que el hombre viva como uno y como todo, en la indivisible unidad de su conocimiento, sentido, y actividad, capacidades por las que se asemeja á Dios. Asi que, en sus ideas y actos debe presentarse á sí, como todo y como uno, en íntima relacion con Dios, la naturaleza, y sus semejantes.

Ley es, que haga el bien tan solo por ser bueno, sin ambicion de premio ni temor á castigo, sino por miedo y vergüenza de propia culpa, que es la que le separa de Dios, teniendo la esperanza de acercarsele, porque sin ella no hay plan recto de vida.

Y es por último ley inflecsible, huir del orgullo, del egoismo, de la cólera, de la falsedad, de la venganza, de la pereza, de la servidumbre, de la envidia, de la hipocresía, y oponer al mal finito el divino escudo del infinito bien. Combatir la injusticia con la justicia, el ódio con el amor, el error con la ciencia, el pecado con la virtud; recordando cuanto se degrada la especie humana, cuando se sanciona el crímen, y el egoismo y el puñal, triunfan del justo, el enfermo, el huérfano, la viuda y el desdichado.

Estas ideas, en consonancia con la religion del Crucificado, animan las ciencias sociales y forman el espíritu del movimiento progresivo de la sociedad. En vano un fanatismo místico, un empirismo fatal, ó un grosero sensualismo, pugnaran por rechazarlo, que las inteligencias robustas inspiradas por él, animando á los flacos de ánimo y escasos de fé, les mostrarán en los eternos espacios del cielo, en las nubes rosadas de la tarde, en los astros, en el universo, en el abismo del alma y en lo infinito de Dios, la sublime fórmula del «Progreso y la Esperanza» desde la cual divisan los mas grandes pensadores el ideal de la humanidad.

Y al calor de estos pensamientos, nace y se desarrolla la nueva escuela literaria, que en nuestro anterior artículo calificábamos de *humanitaria*.

No pertenecen al arte las manifestaciones que puramente imitativas y por consiguiente artificiales, careciendo de vida propia, se alejan para buscarla, á los pasadss tiempos y la toman de obras en que resplandece la inspiracion. Por eso nosotros al mirar la nueva aurora del arte en España, ya en su manifestacion pictórica, ya en la literaria, aplaudimos con febril entusiasmo. Cogimos la pluma y escribimos con calor, con brios, con tenacidad, y aun añadiremos, con esa fé calenturienta, con ese tono severo, con esa arrogante franqueza de quien defiende lo verdadero y lo bello, principios constitutivos del arte, cuyo fin es ayudar á la realizacion del bien entre los humanos.

El arte que se funda en el Evangelio y tiene sus raices en la moderna filosofía, es el que habla á la humanidad entera; sus concepciones son universales, su símbolo, su alegoria, sus tipos universales tambien. ¿Qué importa que el *ritmo* pertenezca á un pais, á una escuela dada?

La ciencia busca un principio, parte de una eterna unidad, descomponiéndose en las variedades del pensamiento para cruzar por las inteligencias todas, y mas tarde formar su síntesis, bien como las aguas derramadas gota á gota sobre la tierra, corren á confundirse en el gran hueco del occéano.

El arte, palanca de la ciencia brota á la luz de esta, atraviesa por entre los hombres, recoge sus sentimientos, sus actos, y les regala las sensaciones de lo bello y de lo verdadero, perfeccionando la hermosura limitada, volviendo á la ciencia para tomar aliento nuevo, bien como las auras que arrebatan los aromas del jardin se esparcen en los abismos del cielo.

La ciencia y el arte no tienen otra pátria que la admiracion y el reconocimiento de los humanos.

Nosotros, admiramos y vivimos reconocidos á los génios creadores de grandes obras.

Y cuando estas, se ciernen sobre nuestra humilde cabeza. empujadas por vientos libres, trayéndonos la vida en alas de la verdad, la calma y el consuelo encarnado en la belleza, la enseñanza y el bien entre los velos y oscuridades de la época en que respiramos, como acontece con los *Miserables*, entonces, al ver que no es vana mentira la aspiracion del alma, los deseos nobles del corazon, el afan de un povenir mas conforme con las eternas leyes del Creador, y que es paulatinamente realizable aquella doctrina impresa en el fondo de la conciencia, y revelada contra el mal, alzamos la frente con tanto gozo como entusiasmo, diciendo con fé viva: ¡no; es imposible retroceder! detrás tenemos la ciudad maldita, y no queremos convertirnos en estátua de sal. Tímidos espiritus, almas perezosas, egoistas de oficio, disipados arrepentidos, inconcientes desdichados, fanáticos embrutecidos, obcecados, ignorantes, idiotas, sois dignos de compasion. Como el Angel rebelado amais las tinieblas; huis de la luz: os alumbra el sol de la libertad, cerrais los ojos y proclamais las sombras: escuchais las armonias y preferis el caos; os hacen hombres y deseais ser esclavos; os brindan paz y ambicionais la guerra.....¡Ah! inútil resistencia, perdida constancia, vana porfía. Ya os defendais con la tajante espada, ya os cubrais con el manto de la apostasía, bien os escudeis en el sagrado de la religion, bien en la paz del hogar, impotentes en la oscuridad, estais vencidos. Las nieblas hielan, matan; el sol calienta, da vida. Nos esparcimos y brillamos en horizontes de claridad; nos perdemos segun vosotros por extraviados senderos, dejadnos: buscamos un porvenir, corremos en pos de un cielo infinito..... que escrito está en las puertas del infierno;

«*¡Lasciate ogni speranza!*»

FEDERICO UTRERA.

MEDITACION EN EL ESCORIAL. (1)

Gloria y sepulcro á un tiempo de las artes,
honor de la eclipsada monarquia,
mole inmortal que á siglos desafia
y tumba de vencidos estandartes;
¿por qué la turba insana,
que por tus átrios gira.
mísera afrenta de la estirpe humana,
tu augusto templo indiferente mira?
Hierve en dolor y en ira
el noble corazon, el llanto baña
la escandecida faz, cuando contemplo,
que, para oprobio de tan alto ejemplo,
huyó el honor y la virtud de España.
Alteza tanta al corazon oprime
y abismado en la nada el pensamiento,
de Dios se eleva al encumbrado asiento
y solo vé su magestad sublime.
Dios!!... ¡y el mortal impio
de su poder aun duda,
y en sueño torpe y ciego desvarío
mueve su lengua contra Dios sañuda!...
Mas tú, solemne y muda,

(1) Con indecible gusto damos cabida en las columnas de nuestro periódico á esta notable composicion, hasta ahora inédita, del distinguido literato y eminente crítico el Sr. D. Jose Amador de los Rios, la cual debemos á nuestro colaborador el Sr. D. Francisco Rodriguez Zapata, que la conserva autógrafa entre sus papeles, como prenda carísima de la más afectuosa amistad.

morada eterna, su existir pregonas;
y es á tus plantas la humanal grandeza
del erial inculto vil maleza,
y polvo son los cetros y coronas.
Los siglos doblan su veloz carrera,
y al ímpetu sañudo en ronco estruendo
caen revueltos con estrago horrendo
pueblos, naciones, que el abismo espera.
Con indómita saña
el Ponto al cielo insulta,
y desgajada el áspera montaña
entre sus negras olas la sepulta.
La viva lumbre oculta
al flamígero sol en cien turbiones
del Etna bramador la hirviente lava,
y sus ejes fortísimos desclava
la tierra en espantables convulsiones.
Oscuridad dó quier!... Solo radiante
en tan feroz borrasca esplende un faro,
que el dedo de Jhowah, cual firme amparo,
muestra desde su trono de diamante.
La rabia destructora
del tiempo y del mar calla:
apagado el volcan, plácida aurora
es á su furia prepotente valla.
Trás hórrida batalla
aparece de paz iris fecundo;
y en hímnos mil se eleva al firmamento
de la creacion inmensa un pensamiento,
que alto revela al Hacedor del mundo.
La Religion!!... su fulguroso manto,
cobijando al mortal, le acerca al cielo:
es cáos horrendo sin su antorcha el suelo,
do solo brotan horfandad y llanto.
Los anchurosos mares,
fiado en frágil pino,
á otro mundo llevando sus altares,
cruza el ibero con ardor divino.
En el hinchado lino,
enseña santa, al ondular, fulgura
lecho de amor, dó el cándido cordero
del crímen blasfemante al mónstruo fiero
ahogó en raudales de su sangre pura.
Congrega el Trace en la tostada arena
sus armígeros carros y legiones;
y al desplegar sañudo sus pendones,
habló y el Ponto conturbado atruena.
La Europa estremecida
tornó la invicta frente,
y al súbito rumor despavorida,
miró bajar la esclavitud de Oriente.
Su brazo armipotente
vistió y su pecho de brillante acero:
luchó, y alzando de victoria el canto,
sumergió el mar sangriento de Lepanto
el carro y el caballo y caballero.

Brama en el norte helado furibunda,
de error caduco y de impiedad armada,
hídra espantosa contra el cielo alzada,
que el ancha tierra de veneno inunda.
Tenaz al Vaticano
rayos de muerte envia,
y en sacrílega lucha intenta en vano
hollar la Cruz bajo su planta impia.
A tan ruda porfia
sacude el leon de España la melena,
tendiendo airado la potente garra;
y al mónstruo horrendo con furor desgarra,
y desparce sus miembros en la arena.
Calló del Gallerano y Cerinola
el bélico rumor, y el galo altivo
manchar osó con pecho vengativo
la clara enseña, que Felipe arbola.
Heróico aliento inflama
su no domada frente;
é infundiendo en sus haces diva llama,
cayó en la lid, cual rápido torrente.
A su ímpetu valiente
son las torres y alcázares ruinas;
y, entre el humo y tronar de cien cañones,
arrancan victoriosas sus legiones
láuros en San Quintin y Gravelinas.
Triunfó!.. y bañada en religiosa lumbre
la leda faz—«Para inmortal renombre
hagamos templo tal, que al mundo asombre»—
dijo, y brillaste como excelsa cumbre.
De Toledo y de Herrera
los génios divinales,
su vuelo remontando á la alta esfera,
con sus alas cubriéronte inmortales.
Cual águilas caudales,
de Dios subieron al alcázar de oro,
y en él clavando la inspirada vista,
audaces pregonando su conquista,
á España dieron sin igual tesoro.
A su creacion magnífica en tributo
Italia ofrece espléndida corona,
en que gloriosos triunfos eslabona
de Sansovino, Strozzi y Benvenuto.
Con insólita afrenta
sus bélicos despojos
al par le rinde Francia la opulenta,
que al gran Felipe se postró de hinojos.
Abrió en raudales rojos
América sus vírgenes entrañas;
y el atlántico mar ráudas surcaron
ferradas naves, que en Iberia entraron,
cual de luciente Ofir vivas montañas.
Dos mundos á tus piés!!... Sobre tu frente
antorcha perenal, mágica brilla
luz que entre nieblas alumbró á Castilla,
terror y asombro á la muslime gente.
La fé!!.. vivaz centella,
que del nitente seno
del Dios de Sinaí pura destella,
ó brille limpio el sol, ó ruja el trueno!!...
De su entusiasmo lleno
só tus dóricas cimbrias resplandece
heróico pueblo, y en sublime coro
al cielo envia cántico sonoro,
que tu gigante cúpula estremece.
Fuiste de Dios alcázar sin segundo!..
su magestad tus ámbitos aún llena!...
y cual se rompe el mar en el arena,
en tí se estrella el huracan del mundo.
El fuego del profeta
súbito inunda el alma,
y en santa inspiracion hierve el poeta,
postrado en medio á tan solémne calma.
La fulgurante palma
y de David la citara ambiciona;
y en éxtasis profundo sumergido,
sobre el Querub contempla enaltecido
al Dios de Abraham, cuyo poder pregona.
Lo vé!... y oye tronar el firmamento,
y desprenderse el monte á la llanura;
y vuelto el claro dia en noche oscura,
mira inflamada la region del viento.
Jhowah!... desciende airado
á la rebelde tierra:
en humo envuelto el valle dilatado,
humilla su cerviz la procer sierra.
Su voz!... su voz atierra
á la creacion!... Contra el mortal impio
viene á lanzar sus rayos serpeantes:
las torres, que al cenit tocaban antes,
aristas son del vendabal bravio.
Retiemblan tus cimientos!..,¡ilumina
ráfaga de esplendor tu altar bendito!
y en presencia del Dios de lo Infinito
mi faz al polvo trémula se inclina.
Dura sentencia escribe
su dedo omnipotente:
¡ay cuanta angústia el corazon recibe!
¡*ay cuánto de dolor está presente*!
Vuelan de gente en gente
con terrífico son, ardiendo en saña,
sorda Impiedad y maldiciente Ira,
lanzar ansiando en devorante pira
el magnifico trono y la cabaña.
De su rencor ingénito en trofeo
sepultan en el cieno, ensangrentado
y ya en girones mil despedazado,
el manto del valiente Clodovéo.
Febril apláuso estalla:
despavorido el Sena,
bramando rompe la robusta valla,
que su corriente rápida refrena.
Su ronco hervir resuena
del Alpe helado á la tinácria orilla;
y sorprendida el águila teutona,
la rica presa tímida abandona,
y de San Márcos al Leon se humilla.
Dó quier cunde el clamor! Con saña loca
audaz Discordia al Vaticano oprime;
y el sucesor de Pedro en valde gime,
y al cielo en preces de dolor invoca.
Furioso y delirante
Berlin crüento brama:
abrasa al norte fuego devorante,
y á Viena envuelve tragadora llama.
Corre la inquieta fama
del Báltico á las márgenes de hielo;
y de Albión el empinado muro
al estruendo retiembla mal seguro,
y mira hundirse ante sus piés el suelo.
¡Ay cuanta destruccion y rudo estrago!
Sangrientos ván los desbordados rios,
y solo vén los tristes ojos mios
de sangre y fuego inmensurable lago.
Del Cáucaso en la cumbre
clama el bárbaro scita,
y aprestando á la lid su muchedumbre,
en los llanos feroz se precipita.
Negro estandarte agita
sobre la férrea cuádriga asentado;
y levantando el formidable acero,
infando yugo forja al orbe entero,
que sus tremendas hordas vé espantado.
¡Ay de tus hijos, Roma, que insensata
los horrores del hérulo olvidaste!..
Nueva Solíma, la virtud hollaste,
hija de rebelion y madre ingrata!..
Parténope orgullosa,
desconsolada y triste,
llora tambien tu corrupcion odiosa;
pues la verdad sencilla escarneciste.
Y tú, Milan, que viste
al águila cobrar su ráudo vuelo,
rota en tu mano la ñudosa lanza,
solo hallarás á tu dolor venganza
en la horrible opresion del ístrio suelo.
En su opresion!.... Que trocará el germano
por oro el agua que sediento beba,
sin que la vista á levantar se atreva
para mirar la frente del tirano.
Esclavas sus mugeres,
su herencia de enemigos,
y en tristeza trocados sus placeres,
vagarán sus varones, cual mendigos.
De su horfandad testigos
serán y de su fiera servidumbre,
los que asaltar los vieron delirantes,
en espantosa lucha de gigantes,
de la rebelde ciencia la árdua cumbre.
Y Gália altiva que, cual frágil barro,
frenética rompiendo el áureo trono,
audaz llevó con su implacable encono
del Nilo al Volga su triunfante carro;
de siervos dominada,
á precio vil la leña
comprará, de sus campos despojada,
y en lodo hundida su espantable enseña.
En la desierta peña,
que enhiesta vence al húmido Occéano,
de Jena se alzará la sombra augusta,
y á Lutécia la faz tornando adusta,
romper querrá su cautiverio en vano.
Y tú, que escondes bajo el blanco armiño
el aspid venenoso, al par fingiendo
pura amistad, la máscara cubriendo
con la sonrisa de inocente niño;
llora tambien, Bretaña!...
No ya tus altas proras
al mundo anunciarán tu horrenda saña,
los piélagos cruzando vencedoras.
Trás fúlgidas auroras
tu cielo entoldará noche profunda,
y tragarán los mares tus riquezas,
y doblarán tus hijos las cabezas
del tirano á la bárbara coyunda.
Sin honra y sin arrimo tus ancianos!...
tus doncellas, cual rosas, marchitadas!...
con el hambre las pieles inflamadas,
irán de puerta en puerta sus hermanos!
El Támesis umbrío
detendrá su corriente!...
fuego devorador brotando impío,
caerá en pavesas Albión potente!...
En su alcázar luciente
arrastrará el caiman negras escamas,
y crecerá en sus calles verde yerba!...
del llanto agotará la copa acerba
para expiar sus tenebrosas tramas!...
Ya truena el Septentrion... Doblad la frente,
naciones que el placer torpe afemina!...
El rayo asolador Jhowah fulmina,
crugiendo al par la tempestad rugiente!...
Invoca en tu defensa
¡O patria sin ventura!...
de Pelayo y Rodrigo la fé inmensa,

y tanta afrenta y perdicion conjura.
La servidumbre dura
mira venir con temblador espanto!..
consagra á Dios la diestra fulminante,
que exterminó en las Navas el turbante,
y el cristianismo restauró en Lepanto.
Y cuando arrastre mísera cadena
el belicioso Rhin, y el Aventino
cubra humeante lago purpurino,
y el Támesis se agote y gima el Sena;
del Pirene en la cumbre
levanta tus pendones,
y á la espantosa y fiera muchedumbre
serán valla invencible tus legiones.
Temblarán los varones,
cuya planta los campos aniquila,
y de celeste rayo el pecho herido,
envuelto en sangre, del corcel temido
derribará el Señor al nuevo Atila.
Y vencerás!... los procelosos mares
bramando subirán á las montañas,
y los valles, rasgando sus entrañas,
sorberán las escuadras á millares!...
Espíritu divino
agitará tu mano!...
llevarás á tus piés el torbellino
para esparcir el polvo del tirano!...
El nombre castellano
terror será otra vez de entrambos mundos,
la cruz brillando, cual triunfal bandera,
que entre Dios y los hombres medianera,
embota sus decretos iracundos.

Escorial 8 de Setiembre de 1848.

José Amador de los Rios.

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU.

LEYENDA MORAL

por

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

(*Continuacion.*)

El pobre muchacho no sabia que su voz era allí el sonido de la trompa de caza que indica el ingreso de la rés en el ojeo.

—Entre al punto, respondió el avaro.

El sirviente saludó retirándose á cumplir las órdenes de su amo.

—Ahí está, dijo D. Hilarion, restregando sus manos con secreto júbilo. Ya sé que no ha reunido para satisfacerme el plazo y la hacienda es mia. Si D. Anselmo llega á vislumbrar que ese prédio.... Bah!—No en vano han trabajado el negocio mis agentes. Aislar al deudor y diferir la venta sutilmente hasta pillar en buena forma la finca.... ¡Diez mil duros de una mano á otra!—Seré inecsorable: mejor dicho, seré como siempre.

—¿Dá V. licencia? Preguntó dulcificando su acento Antonio Perez.

—Adelante, contestó el canónigo sin volver la cara y con ágrio tono.

No diremos de qué manera se adelantó el labriego, ni qué actitud tomára el Prebendado.

El uno era la víctima.

El otro era el verdugo.

La sociedad conoce á las unas y á los otros en sus relaciones mútuas.

III.

SIMUEL LEVÍ.

Anton Perez tenia demudado el semblante; una sonrisa forzada contraia sus descoloridos lábios y el sudor de la congoja pegaba á sus sienes algunos mechones de sus cabellos, prematuramente encanecidos, por cálculos ambiciosos y desesperados.

El labriego revolvia el sombrero entre sus manos trémulas, provocando con su gesto de ansiosa espectacion la primera palabra del hombre que le tenia preso entre las cadenas de un contrato leonino.

—Y bien, dijo por fin el canónigo con voz profunda y seca ¿qué tenemos?

—Señor, tartamudeó confuso Antonio, mañana cumple mi compromiso.

—Vendrá V. pués á pagarme, contestó Estrada con sardónico mohin.

—Eso quisiera yó; pero...

—Me es igual, declaró el prebendado, mirando de hito en hito á su deudor, como Juliano el apóstata miraria á un confesor cristiano.

Antonio dejó el sombrero sobre la mesa y tomó asiento junto á D. Hilarion resueltamente.

—Señor, esclamó con decision sombría, conozco que está V. en su derecho quedándose con la hacienda; pero no por eso es menos verdad que la finca vale doble de lo que yo he recibido en préstamo.

—Litigue V. replicó Estrada, encogiéndose de hombros con desdeñosa indiferencia.

—Dios me libre, repuso Anton enjugándose la frente con su pañuelo de indiana; entonces tendría que habérmelas con un fariseo y un millar de escribas. ¿No se podría componer....?

—Sepamos, interrumpió gravemente el prestamista.

—La tal hacienda, señor, es una alhaja, y mi muger la estima al par de las niñas de sus ojos. Mas que finca de campo parece un jardin de recreo: aquellos olivares, aquella arboleda, la casita, el huerto....

—Y aquellos cuarenta mil reales mios. ¿No dice V. nada de ellos?

—Trato de pagar, señor.

—¿Pero cuando?

—Mañana los intereses; renovamos la escritura por otro año, y como ayuden Dios y las cosechas.....

—Dejémouos de cuentas, cortó el indigno sacerdote con acento burlon. El adajio castellano «*mas vale pájaro etcétera*.....

—Yo soy un hombre honrado, señor D. Hilarion.

—No lo dudo, respondió el canónigo; pero la honradez no es moneda, y yo no puedo pasar sin el reembolso de mis créditos por una vía ó bien por la otra. ¡Ay amigo! Me retiro de los negocios. El Prelado que ahora nos envia la sancion de Su Santidad es muy rígido en punto á contrataciones por personas eclesiásticas, y yo no quiero exponerme á una reconvencion, hasta cierto punto justa, de su Ilustrísima.

—Pero Señor, dijo Antonio lleno el corazon de angustia. Recuerde V. que al firmar la escritura, manifestando yo temores de no poder cumplir al espirar el término, se me expresó por V. y por el escribano que si tal sucedía, satifaciendo los intereses.....

—Efectivamente Anton. Esa es la marcha; más estamos en un caso escepcional; porque yo tengo tambien mis atenciones, mis descubiertos, y no es oro todo lo que reluce. Además, amigo mio, (añadió el señor Estrada con aire de confidencia melancólica) los confesores suelen pararse en ciertos asuntos que...

—No entiendo á V. Señor, expuso Perez con la atencion extraordinariamente fatigada.

—Digo, repitió el Prebendado, que el director de mi conciencia me hace presente, mi estado. mi edad, el fin inevitable que me aguarda, la severa justicia de Dios, y concluye por encontrar así.... algo extraño, que me dedique á negocios de esta índole. Nada, Anton. Concluyamos de una vez; el dinero ó la finca.

—¡La finca por la tercera parte de su justo valor! Esclamó furioso el rústico ¿dónde tiene V. la conciencia, Sr. D. Hilarion?

—Vamos á ver, repuso el Señor Estrada con hipócrita mansedumbre. Doy diez mil reales más en metálico contante y sonante, y declara V. la hacienda por mía.

—Eso no puede ser, declaró el labriego rudamente. Cómpreme V. el cortijo de la Hinojosa por las dos terceras partes de su aprecio. Reciba V. los intereses del préstamo. En fin pida V. cuanto sea posible, cuanto yo alcance de aquí á mañana....

—Ay Anton!....Esclamó el Prebendado, con el ademan de un misionero apostólico. ¡Cómo se cumplen mis predicciones! ¡Ese anhelo fatal de remontarse, de subirse á mayores, de enriquecer!..,

—Le oigo á V. y me parece mentira, replicó Antonio, moviendo la cabeza con mal reprimido furor. V. mismo me animaba á ser osado, citándome que se yo que latinajo antiguo....

—Sí: *audaces fortuna juvat.*

—Me es igual. V. mismo me citaba á este y el otro que con menos elementos que yó habian conseguido elevarse, y ahora que mis pies se enredan en las dificultades de mi camino, ahora que....

—Basta de reconvenciones, dijo el Señor Estrada sacando del bolsillo de su chaleco una enorme repeticion inglesa con honores de porta-vianda. Me esperan y no puedo detenerme. Venga V. esta noche y más despacio procuraremos entendernos en ese malhadado particular.

—¿De veras? Interrogó Antonio, no atreviéndose á prestar asenso á la esperanza que le dejaba vislumbrar su tirano acreedor.

—¿Porqué duda V?

—Porque sería una indignidad engañarme. De aquí á mañana me sería posible encontrar algun medio de salir del apuro.

—No haga V. nada, hombre, replicó el canónigo. No dé paso, ni se moleste. Tengo la desgracia de ser misericordioso. Algo se me había de pegar de esa pícara sotana.

—Conque hasta la noche, repitió Perez con intencion marcada.

—Eso es, recalcó D. Hilarion levantándose y despidiendo á su deudor con un gesto de proteccion amigable.

(*Continuará.*)

Historia de San Fernando. Habíamos tenido el gusto de ver el aparato histórico, índice de materias, notas y apuntes, detenidamente confeccionados por nuestro particular amigo, el Sr. Velazquez y Sanchez, archivero por oposicion del municipio y cronista de esta Ciudad, con respecto á las entidades militar, política y legislativa del Santo Rey Fernando III, no apreciados con el realce correspondiente al héroe de su siglo por la pluralidad de sus historiadores, más atentos de lo que debieran á singularizar sus cualidades de santo.

A la venida de la córte decretó el Ayuntamiento erigir la estátua de Doña Isabel II en medio de la estensa plaza consagrada á la Infanta Doña Isabel; trasladando la de Murillo á la esplanada frente al restaurado edificío del Museo. El Sr. Velazquez formaba parle de la Comision municipal que en la noche del 4 de Octubre puso en manos de la Reina la Crónica de su estancia en Sevilla, obra de dicho señor, las monedas conmemoratorias de tan fausto suceso, la corona poética, obra de los escritores mas aventajados de la Capital y la solicitud antes manifestada del Cabildo.

La ilustre Señora renunció el obsequio que la Ciudad le deparaba, señalando al Santo Rey como á la gran figura á quien se debia semejante honor, y desde entonces, claro es, que un trabajo histórico como el emprendido por el Sr. Velazquez y Sanchez no podia ver la luz pública sino consagrado á la escelsa nieta que así reconocía los timbres de tan glorioso abuelo.

Al ofrecimiento de parte de nuestro estudioso amigo ha respondido la dignacion soberana admitiendo el testimonio de adhesion y respeto del escritor sevillano, y autorizándole por Real órden de 30 del mes pasado para colocar su nombre augusto al frente de la publicacion.

Nos guardaremos muy bien de adelantar una sombra de juicio de semejante y concienzudo trabajo, que analizaremos en un dia con la mas imparcial detencion; limitándonos hoy á celebrar dignamente este acontecimiento.

Parece que la Biblioteca Nacional vá á sufrir modificaciones importantes que la eleven de la esfera poco digna en qne hoy se encuentra estacionada. Celebraremos infinito que esta noticia entre en las vias prácticas, y más que los estudios y memorias al caso que se anuncian como preliminares del nuevo arreglo, no se limiten á un viage inmediato con estudioso propósito y por cuenta del gobierno, sin ulteriores consecuencias.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion,

Manuel Giron y Lopez.

Director y Editor responsable, D. Carlos Jimenez Placer.

SEVILLA.--1862.

IMPRENTA DE D. ANTONIO PADILLA, ABADES, 14.